REMOTE STORAGE
625:1

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

LOS ENVIDIOSOS.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. P. MORENO GIL.

Representada por primera vez en el teatro de la Zarzuela el dia 20 de Diciembre de 1868.

OCHO REALES.

MADRID:
IMPRENTA DE G. ALHAMBRA,
CALLE DE S. BERNARDO, 73.
1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
MATILDE	Doña Cándida Dardalla.
TERESA	Doña Gertrudis Castro.
DOÑA ESCOLÁSTICA	Doña Carmen Fenoquio.
DOÑA BÁRBARA	Doña Antonia Montero.
GREGORIA	Doña Carmen Ruiz.
D. ANTONIO	D. Julio Garcia Parreño.
FERNANDO	D. Antonio Zamora.
EUSEBIO	D. Alfredo Maza.
CÁRLOS	D. Eduardo Maza.
D. SILVESTRE	D. José Alisedo.
D. DIMAS	D. José Sanchez.
PEDRO	D. Ramon Perez.
D. CANUTO	*N. N.*
BONIFACIO	*N. N.*
LEONCIO	*N. N.*

La accion pasa en una casa de campo de un pueblo, cerca de Madrid; época actual.

ADVERTENCIAS.

Es porpiedad del Editor; queda hecho el depósito que marca la ley.

Para la música, dirigirse á D. Francisco Sedó, *calle de Jesus y María, núm.* 4, *piso cuarto, Madrid*; quien se encargará de remitirla, mediante el pago adelantado; puede proporcionar partituras de canto y piano para los *Cafés-cantantes*, y partes de orquesta para aquellas empresas que lo soliciten. Expresad con claridad lo que se desea, á fin de avisar el coste que tiene la música.

ACTO PRIMERO.

Gabinete-despacho de D. Antonio. Tres puertas al foro que conducen á una galería en cuyo centro se vè otra puerta que dá al jardin; á los lados dos balcones. Puertas laterales.=A la derecha, en primer término, una elegante papelera: enfrente una mesa escritorio. Muebles de lujo. (Entiéndase por derecha é izquierda la del actor.)

ESCENA PRIMERA.

PEDRO, *arreglando la mesa.* CARLOS *aparece un momento despues en la puerta del foro que dá al jardin.*

PED. *(viéndole entrar.)* Tan pronto de vuelta, señorito Carlos!

CARL. Pronto le parece á V., y ha durado el paseo mas de dos horas! *(Se sienta.)*

PED. Es verdad; como voy siendo viejo, se me figura que las horas corren mas de priesa que yo quisiera: pero... ¿qué ha hecho V. de mi amo don Silvestre?

CARL. Agravar mi conciencia con un cargo de lesa amistad!

PED. Eh?

CARL. O lo que es lo mismo, dejar solo á don Antonio en manos del preclaro é ínclito don Silvestre, alcalde de este populoso y benemérito pueblo de sesenta vecinos.

PED. Pues ya tiene mi amo lo que necesita! En tomando don Silvestre la palabra, es como un perro de presa, que no suelta aunque le maten. *(Breve pausa.)*

CARL. No ha salido esta tarde la señorita Matilde?

PED. Quiá! no señor: estando Vds. fuera de casa, no baja ni al jardin: y hace muy bien; ¡si señor, que hace muy bien; porque como en este pueblo hay tantos moscones que se introducen por todas partes!...

CARL. Es que aquí la confianza está á la órden del dia.

PED. Pues: y luego, como su prima, la señorita Teresa, rehusa siempre estar á su lado!...

CARL. Teresa... Y por qué?

PED. Bah!... sí, que usted no sabe mejor que yo que no puede ver á la señorita Matilde, ni pintada!

CARL. Señor Pedro, es V. muy malicioso, y tiene declarada guerra formal...

PED. A todo lo que vegeta en este poblachon!... Sí señor; eso es cierto; le ódio con mis cinco sentidos! Pero eso no quita, que yo observe y vea...

CARL. Basta de murmuracion, que aquí tenemos ya á don Antonio y al invicto don Silvestre.

PED. (Hum, mosca mas pegajosa!)

ESCENA II.

Dichos, D. ANTONIO *y* D. SILVESTRE, *por la escalinata del foro que dá al jardin, entrando apoyado en el brazo de Don Silvestre.*

ANT. No lo dude V., amigo mio; variar la direccion del rio es obra de mas importancia que V. cree.

SILV. De modo y manera, que haciendo grande la zanja!...

CARL. Aun continúa la discusion?

SILV. Se me ha metido entre ceja y ceja...

ANT. (*A Pedro.*) ¿Ha traido el escribano los contratos de venta?

PED. Si señor; aquí están sobre la mesa. (*Don Antonio los examina.*)

SILV. (*A Carlos.*) ¿Conque al fin se ha empeñado V. en comprar á don Antonio esta casa de campo?

CARL. Así parece.

SILV. Pues no lo entiendo; porque teniendo usted ya en el pueblo ese gran palacio que casi ha fabricado de nueva fábrica, y que tan malos ratos me ha dado, por el empeño de hacer mi hijo otro igual, la verdad, no sé qué objeto pueda V. tener en ello.

CARL. Como está contiguo á mi posesion...

ANT. (*Dando un pliego á D. Silvestre.*) Aquí tiene V., don Silvestre: el olivar queda agregado á la dehesa, como V. deseaba.

SILV. (*Guardándole.*) Bien; ya le firmaré yo luego, y se le mandaré con mi hijo, cuando venga á traer los cuartos.

PED. (Justo! Entre amigos con verlo basta!)

SILV. Pero es posible, que tan de veras le haya entrado á usted la manía de venderlo todo?

ANT. Sí, amigo mio; estoy cansado de la vida del campo, y deseo volver á mis antiguos lares. (*Se sienta al lado de D. Silvestre.*)

SILV. No, pues lo que es otro pueblo como este, con dificultad tropezará V. con él! Tres mil fanegas de cebada he cogido yo solo *ogaño*, conque ahí verá V.!

PED. (Buena falta te hacen!)

CARL. Y todo para su hijo!... No es verdad?

SILV. Pues para quién ha de ser! No tengo mas prole que mi Eusebio... y como el muchacho se lo merece todo!..

CARL. Sí, señor; todo... y mucho mas!...

ANT. En efecto, es un jóven muy juicioso.

SILV. (*Con satisfaccion.*) Y muy *destruido*, don Antonio, muy *destruido!*

CARL. Ya lo creo!

SILV. Y no es que me ciegue la pasion de padre, no señor; ahí está todo el pueblo que dirá lo mismo que yo! Vaya!... Pues si alguno se atreviera á negarlo, le juro, con perdon de ustedes, que, como soy alcalde, se habia de acordar de mí!

PED. (*Que habrá concluido de arreglar los papeles.*) (Hum!... qué brutos son... los que han nacido brutos!) (*Váse por el foro.*)

CARL. Tiene V. razon, don Silvestre! Duro en ellos!

SILV. Cuando le nombré secretario del Ayuntamiento...

CARL. ¿V. mismo!... Ah, picarillo!

SILV. No; quiero decir, que cuando hice que le nombráran secretario...

CARL. Ya!

SILV. *Nenguno* se atrevió á rechistar.

CARL. Es natural; quién habia de compararse á él!

SILV. Eso dije yo; y como yo era ya alcalde...

CARL. La vara de la ley hubiera pesado sobre ellos!... Muy bien pensado.

ANT. La verdad es que Eusebio es acreedor á eso, y á mucho mas.

SILV. Bah!... usted le conoce, señor don Antonio, y eso me regocija... Pues lo que es para las próximas *elecciones*, ó poco he de poder, ó he de *sacarle diputado á las Córtes.*

CARL. Hola! hola!

SILV. Sí señor! Deputado!

CARL. Bien hecho; un padre debe *sacar* á su hijo.. todo lo que pueda *sacarle*!

SILV. Justo!... Porque él tiene mucho talento, y para qué menos le ha de servir que para eso; como que ha cursado tres cursos de *matimaticas* y *moral* en el *destituto* de San Isidro de Madrid, y luego estudió *retronica*, y... en fin...

CARL. Pues es una friolera!

SILV. Y ahí donde Vds. le vén, tan corto de genio, y tan *encogío* de hombros, es mas listo que *correor* de Bolsa, y mas astuto que aprendiz de escribano!... Y sino que don Antonio diga lo que pasó el otro dia cuando agarramos á los tres ladrones, que quisieron robar en casa del señor cura.

ANT. Cierto; á su actividad se debió la captura de esos malhechores.

CARL. Sí, eh?

SILV. Bah!... pues si eso lo sabe ya hasta el *general de los ceviles*!

CARL. ¡El general nada menos!

SILV. Sí señor; mi hijo fué el que los sorprendió en lo *flagante* del delito, y les cogió palanquetas, limas, escalas, y llaves-ganzúas: y ha puesto un informe del *sucedío* al gobernador de la Provincia, que ni un *menistro* de Hacienda!... que es el que mas tiene que saber en este país.

ESCENA III.

Dichos, MATILDE *por la izquierda*; *despues* FERNANDO *por el foro derecha.*

MAT. Gracias á Dios que se dejan Vds. ver!

SILV. Señorita Matilde... (*Levantándose.*)

MAT. Buenas tardes don Silvestre.

CARL. Tarde abandona hoy la paloma su nido.

MAT. Ya lo creo; cuando salen Vds. siempre es temprano para volver á casa!

ANT. En efecto; hoy el paseo ha sido bastante largo; pero por qué no has ido á buscarnos con Teresa ó Antonio?

MAT. Por no dejar sola á doña Escolástica.

ANT. Ah! ha venido á verte la mujer de don Dimas?

MAT. Sí; y aun está en mi gabinete con Teresa, leyendo la novela que trajo anoche Cárlos.

SILV. Compadezco á V., señorita Matilde!

MAT. A mí? Por qué?

SILV. Porque en hablando á doña Escolástica de cuentos ó novelas, es mas temible que una plaga de langostas.

ANT. Repare V., don Silvestre...

SILV. Tiene V. razon; nada... no he dicho nada; voy á dar una vuelta oficial por el pueblo, y en seguida diré á mi Eusebio que traiga esos cuartos. (*Despidiéndose.*) Conque señorita Matilde, ya sabe V. que yo y mi hijo estamos siempre á los pies de V.

FERN. (*Entrando.*) Vaya con Dios el inflexible alcalde de este benemérito pueblo!

SILV. Jé!... siempre de buen humor!... Así me gustan á mí los jóvenes! (*Váse por el foro derecha.*)

ESCENA IV.

MATILDE, D. ANTONIO, FERNANDO *y* CARLOS.

FERN. Mucho he sentido no haber acompañado á Vds. esta tarde en su paseo; pero era preciso cumplir una oferta, y aquí está. (*Dando á Matilde su cartera-album de bolsillo.*)

MAT. Gracias, Fernando. (*Mirando un país.*) Oh!... precioso paisage! (*Enseñándole á D. Antonio.*) Atrévete á decir ahora que las vistas de este pueblo son feas!

ANT. Pero si yo no lo niego!... Lo que yo afirmo y sostengo es, que estos campesinos...

FERN. Están por civilizar, si señor; ahora que estamos solos, se puede decir todo.

MAT. (*Volviendo la hoja.*) Ay!... mira, mira!... Este eres tú!

ANT. Sí; no es fácil ciertamente confundirme con los demás.

MAT. Es admirable el parecido de todos! Tú aquí; Teresa y Cárlos detrás; yo á tu lado!

ANT. Precioso grupo! (*Deja la cartera encima de la mesa.*)

MAT. Cárlos.

CARL. Matilde. (*Acercándose.*)

MAT. Ya vé V. que Fernando ha cumplido su oferta; no le perdonaria á V. que olvidase la suya.

CARL. La cumpliré: pero ya sabe V. que hemos convenido en que V. misma ha de elegir las flores. (*Siguen hablando.*)

ANT. Dígame V., Fernando; es cierto que Eusebio, el hijo de don Silvestre, formó tan decidido empeño en hacer otra casa que compitiese con la de Cárlos, y le propuso á V. que si queria tambien encargarse de la parte artística?

FERN. Sí señor; mas yo le hice algunas reflexiones...

MAT. Y como no era posible que el pobre muchacho arrancase á su padre los patacones que guarda, tuvo, á pesar suyo, que abandonar su proyecto.

ANT. Es natural; insistir en ello hubiera sido una locura!

ESCENA V.

Dichos, EUSEBIO *por el foro derecha.*

EUS. (*Con hipócrita timidez.*) Dán Vds. su permiso?

ANT. Pase V., Eusebio; pase V. y no se ande V. nunca con esas ceremonias.

EUS. Gracias, don Antonio. (*Saludando con cortedad á Matilde.*) Señorita Matilde...

MAT. (*Sin fijarse en él.*) Buenas tardes, Eusebio. (*Sigue hablando con Fernando.*)

EUS. (Siempre la misma indiferencia!) (*A don Antonio, dándole un fajo de billetes, envueltos en un papel blanco y atado con una cinta encarnada.*) Aquí le traigo á V. los seis mil duros en billetes, como V. deseaba...

ANT. Sí.

EUS. Importe de la dehesa que mi padre ha comprado á usted.

ANT. Está bien, Eusebio, (*Cogiéndolo.*)

EUS. Suplico á V. que vea si está corriente.

ANT. Entre nosotros no puede mediar desconfianza alguna. (*Los guarda en la papelera, cierra y recoje la llave.*)

EUS. (*Presentándole unos pliegos.*) Estos son los papeles que me dijo usted ayer que examinára, referentes á esta casa de campo.

ANT. Y están conformes con mis notas?

EUS. Sí señor.

ANT. Perfectamente; amigo Cárlos, desearia enterar á V. de algunos pormenores sobre la compra de esta modesta posesion; si V. quiere acompañarme á ese gabinete...

CAR. Con mucho gusto.

ANT. Pues vamos; Eusebio nos ayudará y concluiremos mas pronto. (*Vase don Antonio y Cárlos: detrás Eusebio, despues de dirigir una mirada recelosa á Matilde y Fernando.*)

ESCENA VI.

MATILDE, FERNANDO.

MAT. No admito tus escusas, Fernando.

FERN. Mi silencio, Matilde, ha tenido hasta ahora una causa legítima. Yo era pobre, bien la sabes: el cariño que has llegado á inspirarme, no me cegó hasta el punto de no conocer la distancia que de tí me separaba; que me separa aún.

MAT. Fernando!..

FERN. Era preciso trabajar ; trabajar sin descanso para crearme siquiera una posicion digna de tu elevada clase; no soy rico, es verdad; las bellas artes no enriquecen, por desgracia, á nadie en este país; sin

embargo, voy adquiriendo alguna fama, como pintor, y esta me proporciona recursos para hacer frente á mis obligaciones mas precisas. Poco es realmente lo que aun puedo ofrecerte, si ningun valor tuviera para tí este dulce sentimiento que has despertado en mi alma.

MAT. (*Con cariñosa entonacion.*) No olvides que el amor propio exagerado, es la base del orgullo, y yo no quiero, Fernando, que al lado de las buenas cualidades que en tí admiro, llegáras á tener ese defecto! Pero... en fin, dejemos eso; sabes que estoy muy enojada contigo?

FERN. Tú enojada conmigo? (*En tono de duda.*)

MAT. Yo! Sí; de qué te admiras?.. Ayer, por ejemplo, no me propusiste que podíamos hablarnos por la noche, tú desde el jardin, y yo desde el balcon de mi gabinete?

FERN. Bien, y qué?

MAT. Crees que si mi padre llegára á saberlo, como de fijo lo sabria, no le daríamos un disgusto, al pensar siquiera en los comentarios que haria la gente misma del pueblo? Hoy mismo, no le han dicho ya, con intencion tal vez, que anoche te vieron pasear por fuera de la verja del jardin?

FERN. Ya veo que será preciso pedir vénia á toda esta buena gente para salir siquiera de casa!

MAT. Oh! y si dentro, al menos, dejáran á uno en paz! Tú no sabes, Fernando, lo que es la envidia en un pueblo pequeño como este.

FERN. Lo comprendo perfectamente, por mas que me obligue á contrariar mi proyecto de esta noche.

MAT. Tu proyecto?

FERN. Si; habia pensado decir á Pedro que dejase abierta la puerta del jardin, para venir al menos á despedirme de tí.

MAT. Te marchas, Fernando?

FERN. Mi ausencia durará lo mas dos ó tres dias.

MAT. Nada me habias dicho!

FERN. No he tenido tampoco ocasion para ello; esta tarde he recibido una carta de un amigo, en la que me dice que un estranjero desea comprar un cuadro que tengo depositado en su casa; y en vista de esa carta, habia pensado ir á Madrid mañana al amanecer. Sin embargo, si tú deseas que me quede, le pondré dos letras y....

MAT. Yo? Ya sabes que no soy exigente: si tú crees necesaria en Madrid tu presencia...

FERN. Dejo ese asunto en tus manos: piénsalo y esta noche... (*En tono de broma.*) recibiré las órdenes que tenga V. á bien comunicarme.

MAT. (*En el mismo tono.*) Daré á esa grave cuestion toda la importancia que se merece, y contestaré á V. (*Tendiéndole la mano.*) Que bueno eres, Fernando!..

FERN. Matilde. (*Besándosela.*)

MAT. Eh!.. Cuidado con propasarse! (*Con fingida coquetería.*) Estos jóvenes del dia son tan atrevidos... que si una no trata de guardarse de ellos!.. Oh!.. y la fama que tiene *usted* de calavera, no es de las mas inocentes!

FERN. Cierto; á juzgar por lo que de mí se murmura en este pueblo, van á hacerme creer á mí mismo que he sido un Tiberio ó un Tenorio.

MAT. Si ese tiempo pasó, del mal el menos.

ESCENA VII.

Dichos, DON ANTONIO *y* CARLOS *por la derecha; despues* EUSEBIO; *luego* DON DIMAS *por el foro.*

CARL. (*Saliendo.*) Nada de esto era necesario, don Antonio; su palabra de V. es para mí la mejor garantía.

ANT. Gracias, Cárlos; pero yo debia cumplir este deber para mi propia satisfaccion. (*Aparece don Dimas en el foro.*) Ah! á tiempo llega don Dimas. (*Se dirige al foro á recibirle, donde quedan hablando. Eusebio aparece en la puerta. Cárlos se reune á Fernando y Matilde formando otro grupo.*)

CARL. (Conque esta noche concierto vocal é instrumental!)

FERN. (Siendo tú el director de la fiesta, estoy seguro que don Antonio no se negará á ello.)

MAT. (Ya sabe V. lo mucho que le complace, que pasemos las noches agradablemente.) (*Siguen hablando.*)

ANT. (*A don Dimas.*) Eusebio está enterado de todo; si á V. le ocurriese alguna duda...

DIM. Creo que no; sin embargo...

CARL. (*A don Dimas.*) Ustedes tendrán que tratar de asuntos sérios, y nosotros, si V. nos permite, daremos entretanto una vuelta por el jardin; soy deudor á Matilde de un ramo de dálias.

ANT. Me parece bien; yo iré en seguida en busca de Vds.

MAT. No olvides que te esperamos. (*Vánse por el foro Matilde y Cárlos. Fernando, al oir lo que dice don Dimas, se detiene para acompañar á don Antonio. Eusebio se dirije receloso al balcon del foro, al ver salir á Matilde.*)

DIM. (*A don Antonio.*) Por mí no se detenga V. tampoco; estoy bien enterado de lo que desea, y ahora mismo estenderé la minuta de esas escrituras de venta.

ANT. En ese caso, voy con Fernando á ver el magnífico cuadro que concluyó ayer.

DIM. Oh! el señorito Cárlos ha hecho de su casa un palacio digno de un príncipe oriental! Qué esplendidez! Qué gusto tan esquisito en el decorado!

EUS. (Imbécil!)

DIM. Cuadros, pintura, todo... todo es admirable! Fascinador!

FERN. Es V. temible con sus alabanzas!

DIM. Eso y mucho más es digno de su atrevida inspiracion!.. (*Desaparecen por el foro don Antonio y Fernando.*)

ESCENA VIII.

EUSEBIO, DON DIMAS.

DIM. (*Variando de entonacion.*) (Es mucho orgullo el de estos jóvenes artistas! A fuerza de repetir el vulgo que tienen talento, acaban ellos mismos por creerlo!)

EUS. (*Pensativo en el balcon.*) (Ni una palabra de atencion siquiera! Oh! la indiferencia es un veneno lento, que mata nuestro corazon!)

DIM. Preciso es hacerse superior á estas pompas mundanas! *Vanitas vanitatum* como dice el sabio!

EUS. (*Acercándose.*) No, pues V. tampoco escasea sus cumplimientos.

DIM. Psts!.. La urbanidad! En algo se ha de conocer á los que hemos recibido una esmerada educacion! Oh!.. y yo, yo me parece que soy voto en la materia. Cuando era jóven, tambien gocé, triunfé y derroché con locura mi patrimonio! Despues... cuando todo lo perdí, llamé en mi ayuda á la filosofía, y asiéndome con mano firme al último recurso que me quedaba, alcancé... la plaza de escribano de este pueblo.

EUS. (*Pensativo.*) (El sarcasmo ó la indiferencia para mi!.. Para él el aprecio de todos!)

DIM. Ya sé que no faltan envidiosos que ambicionan mi posicion, como tambien que se murmura que yo envidio á todos los que aparentan ser mas que lo que realmente son; miserias de la vida!... Yo desprecio á los unos... y compadezco á los otros!

EUS. Hace V. bien.

DIM. Pero no dejo de conocer que, esa magnificencia ar-

tística que ese jóven ha desplegado en casa de Cárlos, con su paleta y sus pinceles, es una bofetada insolente que ha dejado caer sobre nuestra megilla, para hacer mas patente nuestra pequeñez!

EUS. Oh!

DIM. He dicho mal; nuestras modestas aspiraciones!

EUS. (Este hombre es mi martirio!)

DIM. (*Acercándose y bajando la voz.*) Creeme, Eusebio; tú debias aspirar á algo mas que á ser dueño de la mano de Teresa! Yo no digo que esta no sea una buena muchacha; posee tambien algunos bienes, pero de eso, á la posicion de Matilde, hay una distancia inmensa! Tu me dirás quizá, que ella no te ama...

EUS. (Oh!)

DIM. Que tú tampoco amas á ella; pero eso, en vez de ser un obstáculo, es una garantía para pensar friamente en el asunto. Hoy el amor es una palabra hueca, que solo ilusiona ya á los tontos! Pero en fin... Tú serás siempre un bobalicon, y Fernando es un jóven que se pierde de vista! Ya sus antecedentes dicen bastante de él.

EUS. Usted sabe algo de Fernando?

DIM. Hombre!.. Yo... yo sé lo que todo el mundo sabe!.. Qué es en Madrid un artista? Uno de tantos vivientes, sin un céntimo en el bolsillo, pero que come y bebe algo mas que ilusiones, é imájenes fantásticas. De estas necesidades nacen los apuros; de los apuros las deudas; de las deudas las escrituras de depósito, pagarés y demas frioleras, que aun al mas honrado le ponen en terribles conflictos, de los que saben aprovecharse caritativamente esas aves de rapiña, que el vulgo apellida con diferentes nombres.

EUS. Es decir, que Fernando...

DIM. Es una de tantas víctimas de su propio talento; además, segun se murmura, el no haber puesto precio á los trabajos que ha hecho este verano en casa de Cárlos, es porque este, al comprar esta posesion á don Antonio, es con el objeto de cedérsela á Fernando, el dia en que se case con Matilde.

EUS. ¿Y don Antonio sabe...

DIM. No; pero no ignora que Fernando ha tenido ó tiene fama de calavera; y es natural!... Todos esos jóvenes de genio, validos de la aureola que les rodea, no dejan hogar seguro, ni reputacion limpia: pero como don Antonio quiere tanto á Cárlos desde niño, y este defiende á su amigo de lo que él llama su vida pasada!... Pero charla que charla me habia olvida-

do de esas escrituras; tomaré los apuntes mas precisos.

EUS. Aquí tiene V. el borrador que ha estendido don Antonio. (*Don Dimas y Eusebio se sientan á escribir.*)

ESCENA IX.

Dichos, DOÑA ESCOLÁSTICA *y* TERESA *por la izquierda.*

ESC. (*A don Dimas.*) No me habia engañado; creí escuchar tu voz, pero como estaba inspirada con la lectura de este libro!

DIM. Ah! Saludo á V., señorita Teresa.

TER. Buenas tardes, don Dimas.

DIM. Dispense V. que el egercicio de mis funciones no me permitan en este instante ser tan atento como V. se merece.

TER. Gracias, don Dimas; continuen Vds.

ESC. Si; en tanto nosotras acabaremos este interesante capítulo! (*Se sienta al otro lado.*)

TER. ¿Sabe V., Eusebio, si ha salido mi prima?

EUS. Hace un momento que ha bajado al jardin...

ESC. ¿Con Fernando tal vez? Lo comprendo: es una pareja tan *fasionablemente* poética! (*Teresa se dirige al foro á observar.*) (Si ella no fuese tan presumida!...)

TER. Nada distingo; habrán entrado en casa de Cárlos.

ESC. Oh! que situacion tan patética!... (*Fijándose en el libro.*) Que peripecias tan seductoras!... Eusebio...

EUS. Qué?

ESC. Escuche V., escuche V. este párrafo.

EUS. Si yo...

ESC. Yo se lo ruego. (*Leyendo.*) «Densas nubes cubrian el »pálido reflejo de la luna. *Era de noche.* Elena va»cilante, trémula, abrió por fin la puerta del jardin. »Alberto la estrechó en sus brazos; pero ay!... una »lágrima brilló en los párpados de la enamorada jo»ven; era el adios postrero que daba á la casa pater«na.»

EUS. ¿Huyó con ella! (*Pensativo!*)

ESC. Si. Ah! estos poetas pintan estas escenas con tan vivos colores...

EUS. Es verdad!... Huyó y...

ESC. Pero fué en brazos de su amante! de su... ¿Qué tiene V. Eusebio?

EUS. Nada. (*Disimulando su turbacion.*)

ESC. Le ha conmovido, no es cierto?

EUS. Si. (*Distraido.*)

ESC. Lo creo.

EUS. Sin embargo; es un hecho demasiado vulgar para que así nos sorprenda!

ESC. Pero está escrito de una manera tan arrebatadora!...

EUS. (Siento bullir un mar de ideas en mi cabeza!)

DIM. Eh! ya he concluido: (*Levantándose.*) cuando quieras cara esposa, estoy á tu disposicion.

ESC. Si, vamos.

TER. Se retiran Vds.? (*Acercándose.*)

ESC. Matildita me ha indicado que esta noche tendremos reunion, y es preciso ataviarse de una manera mas conveniente.

TER. Acompañaré á Vds. hasta la verja del jardin.

ESC. Acepto con mucho gusto su amable ofrecimiento. ADios, Eusebio.

EUS. Señora...

ESC. ¿Vamos, Teresita? (*Vánse por el foro.*)

DIM. (*Bajo á Eusebio.*) Fernando te ganará la partida, no lo dudes; tú has nacido para vegetar, y otros para brillar á costa de los tontos! (*Vase.*)

ESCENA X.

EUSEBIO, *pensativo: despues* TERESA *por el foro.*

EUS. No puedo desechar este pensamiento!... (*Recordando.*) «Huyó con ella! Una lágrima brilló en sus ojos; era »el adios postrero que daba á la casa paterna.» (*Pausa.*) No... no puede ser! (*Cada vez mas pensativo.*) Pero ella... le ama... y yo!... Oh! es preciso que Matilde aborrezca á Fernando, y le aborrecerá! Tal vez yo no consiga su cariño! Mas, qué importa? Sea yo dueño de su mano y... (*Sentándose.*) Concluyamos de arreglar estos papeles para que don Antonio esté satisfecho de mí! (*Fijándose en la cartera-album de Fernando que don Antonio dejó sobre la mesa.*) Eh! que es esto? (*Examinándola.*) La cartera de Fernando. El retrato de Matilde! El de su padre!... oh!... todos... todos menos yo! Solo les inspiro desprecio! Tal vez compasion!... oh!... (*Pausa.*) Quisiera desechar esta idea tenaz y no puedo! (*Pausa.*) Su cartera!... No se por qué abrasa entre mis manos. (*Asaltado por una idea.*) Ah! sí; eso es!... Su cartera! Si, mas para esto era preciso que yo!... No sé de que medio me valdria!... Nadie me observa! Si yo pudiera estraer de esa papelera... (*Dá un paso hácia ella con temor.*)

TER. (*desde la puerta del foro.*) Eusebio...

EUS. (Ah!) (*Deteniéndose asustado.*) (Es Teresa!) (*Reponiéndose al ver á Teresa.*)

TER. Estás solo? (*Entrando.*)
EUS. Si.
TER. Qué hacias?
EUS. Yo?... (*Con recelo.*) Nada: (*Tranquilizándose.*) estaba examinando estos papeles. (*Breve pausa.*)
TER. Eusebio... (*Bajando mas la voz.*) nadie nos escucha: deseo hablarte.
EUS. Tú? (*Dejando de escribir y guardándose la cartera, sin que lo vea Teresa.*)
TER. Nuestra situacion es demasiado violenta para que medie entre nosotros una esplicacion. (*Breve pausa.*) Hace un año que nuestro enlace estaba proyectado, de comun acuerdo por parte de ambas familias.
EUS. Si.
TER. Yo vivia entonces con mi tia, y su muerte fué la causa de suspender nuestro casamiento; pensé volverme al pueblo donde habitan mis padres, y mi tio Antonio, que por aquellos dias compró esta casa de campo, se empeñó en que me quedára al lado de mi prima Matilde: mis padres no se opusieron, pues aunque poseen una fortuna regular, deseaban que adquiriese en la sociedad una posicion mas elevada que la que ellos podian ofrecerme.
EUS. Bien: pero tú no ignoras... que este año, mal que á los dos nos pese, las cosas han variado de aspecto.
TER. Qué quieres decir?
EUS. Escucha, Teresa: antes de venir aquí Matilde, tú eras la señorita del pueblo; todas las atenciones de estos honrados labradores eran solo para tí; y hoy tu prima...
TER. Es verdad! Pero mi tio piensa abandonar pronto este pueblo, y yo volveré á ocupar mi puesto.
EUS. No lo creas; tu tio... podrá marcharse, pero tu prima se quedará aquí.
TER. ¿Qué dices?
EUS. ¿Sabes por qué Cárlos compra esta casa?
TER. No.
EUS. Pues oye; ya sabes que Fernando no ha querido llevarle ni un céntimo siquiera por la coleccion de cuadros que le ha hecho.
TER. Si.
EUS. Fernando y Matilde se aman; tu tio consentirá en que se casen, y Cárlos entonces regalará á Fernando esta casa de campo, en pago de sus servicios; no lo dudes!... Matilde seguirá siendo la señorita del pueblo.
TER. Siempre mi prima!
EUS. Un solo medio hay... para evitarlo.

TER. Cuál.

EUS. Cárlos no ha comprado aun esta casa; si yo pudiera hacerlo antes que él, destruiríamos por completo sus planes; mas... para eso es preciso hacer tambien un pequeño sacrificio por tu parte. (*Dirigiendo una mirada recelosa á la papelera.*)

TER. A todo estoy dispuesta, con tal que consigamos que Matilde se ausente de este pueblo.

EUS. En ese caso...

TER. Qué?

EUS. Tu tio tiene en esa papelera... unos borradores que Cárlos le ha entregado sobre la tasacion de esta casa; si yo pudiera verlos un momento...

TER. Pero eso es imposible!.. Mi tio tiene siempre la llave, y además... yo no me atreveria...

EUS. Un descuido muchas veces...

TER. No, Eusebio.

EUS. Entonces... no he dicho nada.

TER. ¿Pero... no habria otro medio...

EUS. No: si yo viera esos papeles, te juro que muy pronto serías dueña de esta casa.

TER. (*Vacilando.*) Pero... ya te he dicho que jamás deja puesta la llave. (*Bajando aun mas la voz.*)

EUS. Yo puedo proporcionarte otra que abra esa cerradura.

TER. Tú?

EUS. Sí; una llave que tengo en mi casa, por un acontecimiento extraño... que ya te esplicaré. Aprovechas una ocasion favorable; vemos esos papeles; vuelves á colocarlos en su sitio, y esta casa será tuya! Si, Teresa; yo te lo prometo!.. Llevaremos á cabo en seguida, nuestra union, y tu prima misma será testigo de nuestra felicidad!

TER. Sí; pero... si mi tio llegára á saber...

EUS. No es posible; esta misma noche quedarian ahí los papeles, y mañana nada echaria de menos. (*Marcándolo mucho.*) Es un pequeño legajo, envuelto en un papel blanco, y atado con una cinta encarnada; está lo primero á la izquierda, en la segunda tabla; yo mismo he visto guardarlos á tu tio. (*Aparece Cárlos en la puerta del foro que da al jardin.*)

TER. (*Viéndole.*) (Chís! calla! Cárlos viene.)

ESCENA XI.

Dichos, CARLOS.

CARL. Bravísimo! No, no se alarmen Vds; yo siempre soy

partidario del ciego niño... tratándose del prójimo! Vengo á participar á Vds. que don Antonio accede á que esta noche tengamos en el gabinete de Matilde una reunion de familia; se bailará, se cantará, se murmurará, segun uso del pais, etcetera... etcetera!

EUS. Oh!.. lo que es eso... (*Con hipocresía.*)

CARL. Si, hombre, si! La murmuracion es moneda corriente, hasta en las reuniones de mas confianza! Es la salsilla de la conversacion. (*Volviéndose hácia el foro.*) Pero este pícaro Pedro que le he dicho que venga aquí en seguida... Lástima es ciertamente, que Teresa no se haya dedicado á la música!

TER. No; yo no sirvo para nada.

CARL. Y V., Eusebio, no canta, ni...

EUS. ¿No, no señor; nosotros los lugareños, somos completamente inútiles en sociedad.

TER. Es cierto.

CARL. Vaya, pues entonces, á Vds. les tocará aplaudir; en una reunion todos tienen que servir de algo.

EUS. Eso es; nosotros aplaudiremos.

CARL. Pero ese Pedro que no viene! (*Volviéndose hácia Eusebio.*) Ah!..Don Antonio me ha dicho que tenga V. la bondad de participárselo á su señor padre, por si quiere favorecernos con su compañía.

EUS. Doy á Vds. las gracias en su nombre; ahora mismo iré á decírselo.

ESCENA XII.

Dichos, PEDRO *por el foro derecha.*

PED. Queria V. algo, señorito Cárlos?

CARL. Gracias á Dios! Esta noche tenemos un gran concierto, por supuesto, hasta las nueve!.. En los pueblos es muy mal sano trasnochar!

PED. Ya me estrañaba á mí que estando V. por acá, no hubiese bullicio y rejolgorio!

CARL. Lo siente acaso el buen Pedro?

PED. Yo? Al contrario; aunque no sea mas que porque no se aburra tanto la señorita Matilde en esta tierra de promision!..

CARL. Ea, pues, vamos; en tanto que Vds. preparan las luces y demás, yo elegiré las piezas de música que se han de ejecutar. (*Á Eusebio.*) No se olvide V. de avisar á su padre.

EUS. Voy ahora mismo.

CARL. Hasta luego. (*Váse por la izquierda.*)

PED. (Valiente par de apuntes están el padre y el hijo!) (*Váse detrás de Cárlos.*)

ESCENA XIII.

TERESA, EUSEBIO.

EUS. Ya lo has oido!.. Otra nueva humillacion!.. A nosotros solo nos toca aplaudir!.. Estás decidida á proporcionarme esos papeles por un solo momento?

TER. Si.

EUS. Voy á avisar á mi padre; de paso recogeré la llave; ya sabes, un paquete con cinta encarnada; el primero á la izquierda, en la segunda tabla; espérame en el corredor de la entrada; allí te enteraré de algunos pormenores sobre la manera de usar esa llave.

TER. Pero... (*Con temor.*)

EUS. Pronto vuelvo; espérame donde te he dicho. (Oh! al fin conseguiré mi objeto.) (*Váse por el foro derecha.*)

ESCENA XIV.

TERESA, *despues* MATILDE *con un ramo de dálias y* DON ANTONIO *por la puerta del foro que dá al jardin; luego* PEDRO *con luces y papeles de música por la izquierda: despues* DON SILVESTRE *por el foro derecha.*

TER. Es preciso salir de esta situacion! Matilde se casará con Fernando, y si Cárlos lleva á cabo ese proyecto!.. Oh!.. no; es preciso evitarlo, sea como sea!

ANT. (*Entrando apoyado en Matilde.*) No están ya mis piernas para estas valentías!.. El paseo de esta tarde ha sido demasiado largo para mí. (*Se sienta.*)

MAT. Se ha marchado Cárlos? (*A Teresa.*)

TER. Acaba de entrar con Pedro en tu gabinete.

ANT. Ya sabeis que no quiero que falte nada de lo de costumbre; sobre todo, la copita de jerez para don Silvestre. (*Pedro sale con un candelero de dos brazos con bugías encendidas que deja en la mesa despacho.*)

MAT. No tengas cuidado; nada faltará.

PED. Señorita... (*Entregando á Matilde unos papeles de música.*)

MAT. Qué?

PED. Estos papeles de música me ha dado para V. el señoñorito Cárlos.

MAT. Bien; dígale V. que deseo repasar algunos compases, y que voy en seguida.

SILV. (*Entrando.*) De juro que no seré yo de los últimos!.. No es verdad, don Antonio!

ANT. No ciertamente.

PED. (Ya está aquí otra vez este genízaro! Los tontos son como las moscas... siempre están encima!) (*Váse por la izquierda.*)

SILV. Me encontré á mi hijo en la puerta, y en seguida que me dió la noticia de que íbamos á tener música, dije: «Vaya, pues no hay que perder tiempo»... eché á andar, y aquí me tienen Vds., para lo que gusten mandar.

ANT. Gracias, don Silvestre.

TER. (Eusebio volverá pronto; le esperaré!) (*Váse con disimulo por el fondo derecha.*)

SILV. Anda!.. anda! pues si yo por oir cantar á Matildita sería capaz... hasta de echar una contribucion extraordinaria á todos los del pueblo!

MAT. Lo cual no agradecerian á V. mucho, me parece!

SILV. Ya... ya sé que son muy desagradecidos en cuanto se les toca al bolsillo! Pero... ya se vé!.. Como la mayor parte de ellos están por *cevilizar*... no saben lo que les conviene.

MAT. Si Vds. me dan su permiso...

SILV. Se vá V. ya, señorita Matilde?

MAT. Hace tiempo que no canto esta romanza, y sentiria disgustar á Vds.

SILV. Eso si que no puede ser; usted siempre será una *cantatriz* de lo bueno!

MAT. Gracias.

ANT. Vé, Matilde; pero ya sabes que no me gusta que esfuerces mucho la voz.

SILV. Nada, nada; á nosotros todo nos ha de parecer bien, conque para qué andarse con *prefiles*!

MAT. Hasta despues, don Silvestre... adios, viejecito mio! (*Acariciando á don Antonio. Vase por la izquierda.*)

ESCENA XV.

DON ANTONIO, DON SILVESTRE: *despues* EUSEBIO *por el foro; luego* TERESA.

SILV. (*Embobado, viéndola salir.*) Jé!... bien puede V. estar vanidoso con ella!... Es un *dechao prefeto* de todo lo bueno!

ANT. Si, amigo mio: sin su dulce apoyo la vida seria para mí una carga pesada!

SILV. Calla!... Ya está aquí mi hijo: le conozco por las pisadas! (*Aparece Eusebio en el foro.*)

ANT. Si; él es.

SILV. Pues cuando V. quiera; (*Levantándose.*) yo estoy ya impaciente por oir á los chicos.

ANT. (*Apoyándose en Don Silvestre.*) Fernando aun no ha venido, pero no tardará...

EUS. Acabo de encontrarle en la puerta de casa de Cárlos, y me ha dicho que vendrá al momento.

ANT. En ese caso.. vamos adentro; pase V. don Silvestre.

SILV. Adelante; yo no me hago nunca rogar! (*Vase por la izquierda seguido de don Antonio, Eusebio les acompaña hasta la puerta, desde donde queda observando.*)

ESCENA XVI.

EUSEBIO, *despues* TERESA *por el foro derecha; luego* FERNANDO.

EUS. ¿Dudará Teresa de mis palabras ?no! ¡yo haré que no vacile. (*Aparece Teresa en la puerta. Empieza á oscurecer.*) (Ella es!)

TER. (*En voz baja.*) Eusebio...

EUS. Nada temas; yo hare porque nadie salga á esta habitacion.

TER. Chis... calla!... Fernando acaba de entrar.

EUS. (*Acercándose con recelo de que los observen.*) Escucha; es preciso que esa amistad que le une con Cárlos, se deshaga como el humo!

TER. Sí, pero cómo?

EUS. Los celos son un arma poderosa!

TER. No comprendo...

EUS. Afirma cuanto yo ahora te pregunte... (*Aparece Fernando en el foro.*)

TER. (Calla; aquí está.) (*Viéndole.*)

EUS. (*Alzando la voz, con marcada intencion, para que Fernando les oiga, al cruzar la escena desde el foro en direccion á la puerta de la izquierda.*) Nada tendria de estraño; tu prima Matilde sabe que Cárlos es rico...

FER. (Eh!) (*Deteniéndose.*)

EUS. Y á nadie le sorprendería un cambio de papeles; como don Antonio quiere tanto á Cárlos, y ya en otra ocasion mediaron entre él y ella, segun aseguran, algunas relaciones...

FER. (Qué escucho!)

TER. Yo no sé... (*Con temor.*)

EUS. (*Con hipocresía.*) Ni debes indagarlo tampoco; lo mejor es no mezclarse en nada; además... yo creo que tanto como se murmura por el pueblo de Matilde, respecto á Cárlos...

FER. (Oh!)

EUS. Debe ser una suposicion sin fundamento alguno.

FER. (*Acercándose á Eusebio.*) Suposicion infame, que yo

sabré acallar, si algun miserable se atreviera siquiera á darla crédito!

TER. Fernando...

EUS. Repare usted...

FER. Jamás me retracto, Eusebio: aborrezco la murmuracion, y repito que eso es una infame calumnia!

EUS. Pero al que como yo la rechaza tambien, no se le insulta de ese modo.

FER. (*Reponiéndose.*) Dispense V., Eusebio; solo en un instante de acaloramiento he podido olvidar que es V. incapaz de ofender á Matilde. ¿Vienen Vds.?

TER. Sí, vamos en seguida.

EUS. (*Con intencion.*) No hemos querido entrar antes por temor de ser importunos; como la señorita Matilde está ensayando con Cárlos, no sé que pieza de música...

FER. ¿Está Cárlos ahí?

EUS. Sí; hace ya bastante rato... que estan esperando á V.

FER. (Matilde!... Cárlos! No es posible! oh!... yo lo sabré!) (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XVII.

EUSEBIO, TERESA.

EUS. Vacilas aun?

TER. No.

EUS. La llave...

TER. Aquí la tengo.

EUS. Aprovecha estos momentos! Nuestra felicidad ó nuestra desgracia está en tus manos! No lo olvides! (*Vase por la izquierda; se oye dentro el piano hasta el final.*)

TER. Oh!... tiemblo á mi pesar! La llave! La papelera! (*Deteniéndose.*) Parece que voy á cometer un crímen!... y sin embargo, yo... yo solo voy á proporcionarle unos papeles para que esta posesion sea mia! Para que Matilde no pueda humillarme mas con su orgullo! (*Breve pausa.*) Por las señas que me ha dado Eusebio, no puedo equivocarme; el primer paquete á la izquierda, en la segunda tabla. (*Vacilando.*) No me atrevo á dar ni un paso; nadie me observa. (*Apaga las luces y se dirige hácia la papelera; al llegar cerca de ella se detiene.*) Parece que hasta el aire que respiro me ahoga! (*Se oyen dentro voces y aplausos.*) Oh!... No, la alegría y el placer serán bien pronto para mí! (*Abre*

saca los billetes y cierra.) Aquí están! (*Cruzando la escena.*) Nadie me ha visto!... Salgamos de aquí! (*Se vuelven á oir dentro voces y aplausos; Teresa se retira por la puerta de la izquierda.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete elegantemente amueblado; puerta al foro. A la derecha otras dos puertas.—A la izquierda, en primer término, un balcon; en segundo término otra puerta.— Entre el balcon y la puerta un piano vertical.— Consolas, jardineras, candelabros con bujías encendidas; un quinqué con pantalla, tambien encendido; muebles de lujo.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE *al lado del piano, con papeles de música en la mano.* CARLOS *sentado en la banqueta, tocando los últimos compases del aria de «La Traviata.»* FERNANDO *recostado en el respaldo de una butaca.* DON CANUTO, DON ANTONIO, DON SILVESTRE *y* DON DIMAS *forman un grupo en el centro, á la izquierda:* DOÑA ESCOLASTICA, DOÑA BÁRBARA *y* GREGORIA, *en el centro de la escena: á la derecha* BONIFACIO *y* LEONCIO; *el primer término de la derecha le ocupan* TERESA *y* EUSEBIO, *junto á un velador donde habrá un album. Al levantarse el telon figura que* MATILDE *acaba de cantar, y todos la aplauden y la felicitan.* FERNANDO *permanece inmóvil y pensativo:* GREGORIA *y* LEONCIO *aparecerán en una postura tímida, sin atreverse á alzar los ojos del suelo.* PEDRO *y* UN CRIADO *en el foro con bandejas de dulces, copas, etc.*

TODOS. Bravo!.. Bien!

DIM. Bravísimo, señorita Matilde!

CAN. Superlativo!

ESC. Tiene V. una voz tan afilada... que ni la de una calándria.

SILV. Ni un jilguero lo cantaría más por lo fino.

MAT. Gracias, señores.

ESC. (Hum! qué vanidosa y que remilgada!) (*Bajo á doña Bárbara.*)

BARB. (Y qué es eso que ha cantado, doña Escolástica?)

ESC. (La opera *Estraviada,* segun ha dicho Cárlos; pero como está en *francés,* no lo habrá V. entendido.)

BARB. (Ah! conque? eso se canta...)

ESC. (En la lengua extranjera!.. Cómo quiere V. que eso se hiciera en castellano!)

BARB. (Bah! y tanto ruido *pá* que *naide* lo entendamos!)

SILV. Cudiao si ha estado bueno! eh? (*Todos indican que si.*) Aunque yo no he comprendido nada de lo que ha dicho, lo ha dicho tan bien, que para el caso es lo mismo; no es verdad don Antonio?

ANT. Eso les pasa á muchos.

SILV. Es que la música!.. oh!.. la música á las bestias *fortifica*, como dice el refran. (*A Pedro que le presenta una bandeja con dulces.*) Ah! otra mano de bucólica, eh? Bien, hombre, bien. Mire V. señor (*Viendo que son dulces.*) Pedro, á mí me gustan más los bollos que la confitura, y si le es á V. igual... (*A don Antonio.*) porque con el dulce se me resiente siempre esta muela y... Ajá!.. (*A Pedro que le presenta otra bandeja.*) esto es más estomacal. (*comiéndose un pastelillo.*) y más... Vaya, pues que siga la rueda.

BARB. (*Grigoria, cudiao* con mirar á Leoncio.) (*Bajo a Gregoria.*)

GREG. (Si no miro!)

BARB. (*A doña Escolástica*) (Yo no sé para qué traemos á nuestras hijas á estas *riuniones.*)

ESC. (Por qué, doña Bárbara?)

BARB. Porque no aprenden nada bueno: no vé V. qué de palique está doña Matilde con don Cárlos! Y eso que dicen si tiene ó no tiene que ver con el pintor.)

ESC. (Ay doña Barbara, y que poco progresista está V!.. No sabe V. que ahora es de moda, hacer á pluma y á pelo!)

BARB. (Pues si *Grigoria* se atreviese delante de gentes á alzar los ojos del suelo...) (*Siguen hablando.*)

SILV. Chis... señor Pedro; otra copita, eh? (*A don Antonio.*) Digo, si Vds. no lo toman á mal.

SILV. Todo lo contrario; yá sabe V. que aquí está como en su casa.

ANT. Pues por eso!... Porque donde no hay *fraternidad*! (*Bebiendo.*) Eje! buen vinillo! Echa otra, hombre, echa otra! (*Bebe y sigue hablando con don Antonio. Matilde después de recibir los plácemes de todos, se sienta con Cárlos en primer término izquierda. Fernando, despues de observarlos, se dirige hácia Teresa y Eusebio que estan viendo el álbum.*)

FERN. Es V. tambien aficionado á la pintura? (*A Eusebio.*)

EUS. Hace tiempo que me dió por emborronar papeles y estropear algunos lienzos, pero me convencí que no servia para el caso, y renuncié...

SILV. Eso no es verdad; diga V. que mi hijo ha sido un poco veleidoso, y nada más; cuanto veía, otro tanto queria ser, pero luego lo abandonaba y...

ANT. No todo se consigue en una hora! La constancia es la base de los grandes proyectos.

DIM. Los jóvenes nunca saben lo que les conviene! Si no fuera por las luces que estendemos los hombres de pluma!...

CAN. Tiene razon don Dimas; los representantes de la ciencia somos el glutinante que cura las enfermedades *anímicas*. (*Siguen hablando.*)

BON. Concluyó de cantar la señorita? (*Bajo á Leoncio con acento brusco.*)

LEON. (Si señor.) (*Sin moverse y con la misma entonacion.*)

BON. (Eh?) (*Poniéndose la mano en la oreja.*)

LEON. (Que si señor.)

BONI. Yá, yá lo he oido.) (*Levantándose.*) Doña Matilde, muchas gracias por el buen rato que nos ha dado.

MAT. Es V. muy amable, señor Bonifacio.

BON. No las merece. (*Sentándose. Todos se sonrien.*)

CANU. (Cada dia está mas sordo; por mas sangrías que le hago... nada; como una tapia!) (*A don Antonio.*)

BON. (He dicho alguna barbaridad?) (*Bajo á Leoncio.*)

LEON. (Si señor!)

BON. (Eh?)

LEON. (Que si señor.)

BON. (Como ahora les ha dado á todos por hablar tan bajo!..)

BARB. (*Grigoria,* que no mires á Leoncio!)

GREG. (Si no miro!)

MAT. (*A Cárlos.*) (Noto esta noche en Fernando. cierto despego... que no me esplico!)

CARL. (Los enamorados son Vds. incorregibles! De un grano de arena levantan una montaña.)

MAT. (Pero si ese grano de arena existe!...) (*Siguen hablando.*)

TER. (Has advertido?) (*Bajo á Eusebio mirando el album.*)

EUS. (Sí; Fernando está impaciente, pero eso no basta: una sencilla esplicacion entre ellos destruiría nuestros planes.)

TER. (*Viendo que nadie les observa.*) (Toma!) (*Dándole el paquete que sacó de la papelera.*)

EUS. (Ah!.. Conseguí mi objeto!) (*Cogiéndole.*)

TER. (Pero es preciso que esta misma noche queden en mi poder.)

EUS. (Quedarán, no lo dudes.)

FERN. (Ni una palabra siquiera!.. Será verdad?) (*Queda pensativo.*)
ESC. Fernando... (*Llamándole.*)
FERN. Señora... (*Acercándose.*)
ESC. (*A Fernando.*) (Doy á V. las gracias por los libros que me mandó ayer.)
FERN. Como sé que es V. tan aficionada á las novelas...
ESC. Ay! Si señor; son mi *parasísmo*! Hoy he recibido la última entrega de «*Los antropófagos de la Córte.*» Y si viera V. que obra tan interesante es!
FERN. Sí; el título, por lo menos, revela que se devorarán los unos á los otros.
ESC. Pero de qué manera tan poética!
FERN. Tiene V. un pimpollo en esta niña. (*A doña Bárbara por Gregoria.*)
BARB. Pues ahí donde V. la vé, tiene su *carácter* como todo el mundo. (*Leoncio demuestra su disgusto, mirándolos de reojo.*)
FERN. Pues yo juraria que es un ángel.
BARB. Patudo. (*Cárlos se acerca á don Antonio.*)
MAT. Fernando? (*Impaciente viendo que Fernando se dirije á todos menos á ella.*)
FERN. Matilde... (*Acercándose.*)
MAT. Conoce V. esta aria de la Hebrea?
FERN. Si; es de una ejecucion dificilísima.
MAT. (Qué tienes, Fernando?)
FERN. (Yo?.. Nada.) Con sumo gusto se la oiria á V. cantar.
MAT. Si V. demuestra tan vivo deseo, la aprenderé. (*Resentida de su reserva.*)
FERN. Gracias, Matilde. (*Con frialdad: siguen hablando.*)
ANT. Así como todos tenemos nuestros defectos, descubrimos tambien alguna gracia cuando menos se piensa.
SILV. Y eso es tanta verdad, que á mí me sucedió una vez...
CARL. Qué, sabia V. cantar?..
SILV. Sin saberlo, si señor; antes de ser alcalde la primera vez, hace dos lustros, tenia yo menos años que hoy...
CARL. Es natural.
SILV. No, quiero decir, que como era mas jóven, y no era alcalde todavía, subí un dia á la tribuna de la iglesia, y cate V. que sin decir «allá voy» entono la epístola de una manera, que no habia más que pedir.
CARL. Hola! hola! (*Siguen hablando.*)
BARB. (*Grígoria,* si vuelves á mirar á Leoncio...)
GREG. (Si no miro!)
BON.. (Hablan de algo?) (*A Leoncio.*)

LEON. (Si señor.)
BON. (Eh?)
LEON. (Que si señor.)
BON. (Bueno.)
EUSE. (Yo te prometo que muy pronto alzarás altiva la cabeza, abatiendo la vanidad de tu prima.) (*Bajo á Teresa.*)
TER. (Lo anhelo con toda mi alma! Pero... aun no me has dicho cómo has de devolverme esta noche esos papeles! Si mi tio llegase á echarlos de menos!. .)
EUS. (Escucha, y no pierdas una sola palabra de lo que voy á decirte. En ese pasillo hay, como sabes, una escalera que conduce á la puerta falsa del jardin; con el otro extremo de la llave de que tú te has servido, puedo yo abrirla, y llegar esta noche hasta aquí.)
TER. (Pero si por una casualidad te sorprendieran.. .)
EUS. (No temas; eso es casi imposible, estando esa puerta á dos pasos de esta sala.)
TER. (Sin embargo...)
EUS. (Tranquilízate y oye con atencion:) (*Siguen hablando.*)
MAT. Esa satisfaccion, Fernando, parece mas bien una escusa!) (*Bajo á Fernando.*)
FERN. (Nada más puedo decirte por ahora.)
MAT. (Cada vez te comprendo menos!)
ANT. Don Silvestre es poco aficionado á juegos de cálculos.
SILV. Confieso que me gusta ver á Vds. estarse dando de *calabazadas* para mover esos muñecos, pero lo que es meterme yo en ese laberinto...
CARL. El agedrez es el rey de los juegos! (*A D. Silvestre.*) Yo le prometo á V. que en seguida que conozca la marcha...
SILV. Pues me parece que promete V. demasiado!... Lo que es yo... de juro no marcho por ahí.
EUSE. (Yo respondo de todo; nada tienes que temer.) (*Levantándose, y acercándose á D. Antonio.*) Señor don Antonio... Si V. me dá su permiso...
ANT. Se marcha V. ya, Eusebio?
EUS. Tengo que acabar de extender un informe...
SILV. Ah! sí; sobre el *sucedío* del robo del señor cura.
EUS. Mañana al amanecer tiene que salir un propio para dar parte del hecho al gobernador de la provincia, y aun no he determinado mi trabajo.
ANT. En ese caso... lo primero es lo primero.
SILV. Justo! Con esas cosas no se puede andar jugando! Sí, pues bonito soy yo para andar con paños mojados!

FERN. (Es preciso que luego nos veamos!) (*Bajo á Matilde.*)
MAT. (Dónde?)
FERN. (Aquí; esta noche vendré á buscar á Cárlos.)
MAT. (Te espero, Fernando.)
FERN. (*A Eusebio.*) Dígame V., Eusebio, habrá inconveniente alguno en que ese propio lleve á Madrid una carta?
EUS. Ninguno.
FERN. En ese caso, le suplico à V. que me conceda este favor. (Es preciso que yo hable á Eusebio.)
ANT. Se retira V. tambien, Fernando?
FERN. Volveré al momento; voy á poner dos letras á un amigo en contestacion á lo que me dice, referente á la venta de uno de mis cuadros.
ANT. Y por eso se retira V? Ahí, en mi despacho, encontrará V. lo necesario para escribir.
FERN. No quisiera molestar...
MAT. En efecto; ahí puede V. escribir, Fernando.
SILV. Nada, nada; yo le esperaré á V., y luego me llevaré la carta para dársela á nuestro emisario.
EUS. Entonces yo me retiro; buenas noches, don Antonio.
ANT. Adios, Eusebio.
EUS. Señorita Matilde... (*A Teresa.*) (No olvides la señal convenida.) Señores... (*Saluda y se dirige á la puerta del foro.*)
SILV. Ah! que no te se olvide aquello de cómo sorprendiste á los ladrones.
EUS. Pierda V. cuidado. (*Váse por el foro.*)

ESCENA II.

Dichos, menos EUSEBIO.

DIM. Las nueve, señores. (*Mirando el reloj y levantándose.*)
BARB. Las nueve ya! (*Todos se levantan.*)
CAN. Ya se vé, trascurren aquí las horas tan agradablemente!....
ESC. Y cómo no, siendo Matildita la heroina de la funcion!
DIM. Señor don Antonio, repito á V. mi mas cordial agradecimiento, por el buen rato que me ha proporcionado esta noche.
CAN. Lo mismo digo.
BARB. Repito, don Antonio.
ANT. Gracias, señores.
BARB. Vamos, Grigoria; despídete de doña Matildita, y ustedes dispensen si en algo les hemos molestado.
MAT. Al contrario, señora; agradecemos su atencion.

BON. (Nos vamos ya?) (*Bajo á Leoncio.*)
LEON. (Sí señor.)
BON. (Eh?)
LEON. (Que si señor!)
BON. Don Antonio, repito á V. lo mismo por el buen rato.
CAN. Vamos, vamos; que no es justo que estos señores estén de pié por nosotros. (*Vánse por el foro D. Canuto, doña Bárbara y Gregoria.*)
BON. Lo dicho, don Antonio.
ANT. Gracias, señor Regidor. (*Vánse Bonifacio y Leoncio.*)
ESC. Ha estado V. encantadora! (*A Matilde.*)
MAT. Doña Escolástica!...
DIM. Sí tal, Matildita.
ESC. Adios, adios, inspirada *prima donna*!
DIM. Quedo reconocido á tanta atencion. (*A don Antonio.*) (*Vánse D. Bonifacio y doña Escolástica.*)
SILV. (Cuando digo que doña Escolástica es una cataplasma gelatinosa!)

ESCENA III.

MATILDE, TERESA, DON ANTONIO, FERNANDO, CÁRLOS *y* DON SILVESTRE.

FERN. (Deseas que me quede?) (*A Matilde.*)
MAT. (Sí.)
FERN. Bien: (luego le hablaré!)
ANT. Pase V., Fernando, pase V. á mi despacho, y tenga mas confianza con nosotros.
FERN. Gracias, don Antonio.
SILV. Ya le he dicho á V. que yo no tengo priesa; así luego nos marcharemos juntos.
FERN. Yo pronto concluyo. (*Váse por la primera puerta de la derecha. Matilde se sienta y queda pensativa. Teresa y Cárlos siguen hablando en el foro.*)
SILV. (Lo que es esta noche, no le pierdo de vista; yo le probaré á don Antonio que soy su amigo!)
ANT. (*Notando la tristeza de Matilde.*) Algo debe haber pasado entre ellos! Esa seriedad de Fernando me dá mucho en qué pensar!)
SILV. (*Al ver reflexivo á D. Antonio, se acerca y le dice con misteriosa y enfática entonacion, cogiéndole la mano.*) (Puede V. dormir á pierna suelta! En este pueblo, á pesar de lo que V. piensa, hay personas que se interesan por su tranquilidad!)
ANT. (Eh!)
SILV. (Que se interesan por su tranquilidad...)
ANT. (Pero...)

SILV. (Por su tranquilidad! No digo más.) (*Se separa de su lado.*)

ANT. (No comprendo...)

CARL. (*A D. Antonio.*) Conque don Antonio, estoy á las órdenes de V.

ANT. Ah! sí!... Teresa, dí á Pedro que prepare el ajedrez en ese gabinete. (*Váse Teresa por la segunda puerta derecha.*) Le prevengo á V. ,que esta noche voy a darle una leccion.

CARL. Me alegraré.

SILV. Yo seré el juez; es verdad que yo no conozco el juego, pero no importa; digo, me parece que eso no será inconveniente para...

CARL. Ninguno; justamente este es un país...

ANT. Donde todos servimos para todo.

SILV. Ajá! Esa es la cuenta que yo me hago siempre.

ANT. Suplico á V. que me dispensen un momento; tengo que enterar á mi hija de unos asuntillos de la casa...

CARL. Entonces, don Silvestre y yo jugaremos entre tanto una partida de damas.

SILV. Eso sí; aunque sé que es V. fuerte en todo, no le temo.

CARL. Allá veremos.

SILV. Cuánto vá á que antes que V. le dé esa leccion le soplo yo por lo menos dos damas! Mire V. que de los viejos no hay que fiarse mucho.

CARL. Vamos?

SILV. Sí; vamos. (*Cárlos le deja pasar primero.*) Gracias, jóven; es V. muy fino! (*Vánse Cárlos y D. Silvestre por la segunda puerta de la derecha.*)

ESCENA IV.

MATILDE, DON ANTONIO.

ANT. Matilde!... (*Contemplando á Matilde, que desde que se separó de ella Cárlos, permanece pensativa en la butaca.*)

MAT. Qué? (*Levantándose.*)

ANT. Todo lo he observado. Fernando, esta noche, me ha parecido inquieto, pensativo!...

MAT. Sí.

ANT. Que pasa?

MAT. No lo sé.

ANT. Que tú no lo sabes? Eso es casi imposible!

MAT. Y sin embargo, es la verdad!

ANT. Si yo mal no recuerdo, me dijo esta tarde que pen-

saba marchar á Madrid, por dos ó tres dias, y esta noche, segun ha indicado, desiste de su viaje.

MAT. Sí. (*Pausa.*)

ANT. Hija mia!... por qué te muestras ahora recelosa conmigo?

MAT. Y has podido suponer siquiera, que yo trato de ocultarte mis sentimientos? No. (*Breve pausa.*) Esta tarde Fernando ha estado como siempre... alegre, festivo!.. oh! sí! yo leo en sus ojos la felicidad, porque refleja aquí! (*Señalando su corazon.*) Yo leo en su semblante la tristeza, porque tambien la siento gravarse sobre mi corazon. Pues bien, esta noche tú lo has visto! Ni siquiera há tratado de ocultarme su indiferencia, su desvío! Qué idea puede preocuparle hasta ese extremo! No lo sé.

ANT. Tranquilízate, hija mia; tal vez todo ello no sea mas que una vaga sospecha, sin fundamento alguno. Ya se vé!... Estás tan acostumbrada á las caricias de este pobre viejo, que la mas leve duda te sobresalta.

MAT. Tienes razon; no debemos pensar más en eso.

ESCENA V.

Dichos, TERESA *por la derecha.*

ANT. Aquí tienes ya á Teresa, que viene á recordarme que Cárlos y don Silvestre me esperan. (Me retiro tranquilo: espero que tú harás tambien lo posible por estarlo.) (*Bajo á Matilde.*)

MAT. (Lo estoy; no lo dudes.)

ANT. Cuando salga Fernando de mi despacho, le direis que en seguida vendrá don Silvestre á recoger la carta; hasta luego, hija mia. (*Váse por la derecha.*)

ESCENA VI.

MATILDE, TERESA.

TER. (Aun no ha salido Fernando! Mucho temo que Eusebio no pueda volver! Si yo pudiera alejar de aquí á mi prima!) ¿Quieres algo, Matilde? (*Acercándose á Matilde que estará pensativa.*)

MAT. Nada, Teresa.

TER. Hay una atmósfera tan pesada en este gabinete! Yo creo que estaríamos mejor en tu tocador.

MAT. Estoy bien aquí.

TER. (Quiere hablar con Fernando; tal vez yo misma retrase su salida; los dejaré solos.) Si no me necesitas para nada...

MAT. No, puedes retirarte.

TER. (Volveré si don Silvestre tarda en venir.) (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA VII.

MATILDE, *despues* FERNANDO.

MAT. Su conducta es estraña! El siempre tan alegre, tan complaciente conmigo, y esta noche...

FER. Matilde... (*Desde la puerta.*)

MAT. Ah!... (*Levantándose.*) Fernando!... (*Aunque con timidez se dirige hácia él, pero se detiene al verle inmóvil. Breve pausa.*)

FERN. Se ha marchado ya don Silvestre?

MAT. No; está en ese gabinete. (*Contrariada por la indiferencia de Fernando.*)

FERN. No quisiera que por mi se detuviese: voy á entregarle esta carta. (*Se dirige hácia la puerta.*)

MAT. Fernando! ¿No merezco siquiera una palabra?

FERN. (*Deteniéndose.*) Tú?... ¿por qué me dices eso?

MAT. Porque no sé que agravio puedo haberte inferido, para que conmigo te muestres tan indiferente.

FERN. (*Disimulando.*) Te engañas, Matilde: no trataré de ocultarte que he recibido, en efecto, una noticia desagradable, y como vés, me tiene disgustado.

MAT. ¿Y tanto afecta á nuestro cariño esa noticia, para no merecer yá tu confianza?

FERN. (*Acercándose.*) Perdóname, Matilde! Soy un insensato! Al contemplar sereno tu mirada, veo que en tu alma no puede caber la falsedad; el engaño!

MAT. (*Resentida.*) Fernando!...

FERN. Son delirios de un pobre loco, cuya locura estriba tan solo en tu cariño! ¿Comprendes al avaro encerrando con dobles guardas su tesoro!... Velando constantemente á su lado!... Pues bien, ¿qué te estrañaría que alguna vez la fiebre abrasadora de su avaricia, le hiciese soñar que perdía sus riquezas? Avaro de tu cariño, mírame ya despierto de ese sueño, y perdona á este pobre loco!

MAT. Fernando! (*Con amor.*)

FERN. (*Sentándose con Matilde.*) Escúchame, Matilde, y júzgame despues de haberme oido. (*Ligera pausa.*) No hace mucho tiempo que Cárlos y yo vivíamos modestamente en Madrid, compartiendo como hermanos el fruto de nuestro trabajo; nuestra amistad se hizo cada dia mas íntima, pues nos unia la misma desgracia, es decir, la pobreza. Un dia Cárlos recibió, como sa-

bes, una herencia inesperada; un hermano de su padre le hizo dueño de una fortuna inmensa. Cárlos quiso que yo disfrutára de esos beneficios, pero mi amor propio, mi dignidad, lo rechazaba. Mi suerte tambien varió; empezaron á dar á mis cuadros alguna importancia, y Cárlos comprendió que yo tambien recogía otra herencia, aunque más modesta; la que proporciona el trabajo!

MAT. Herencia que yo aprecio hasta con orgullo!

FERN. Nuestra amistad no sufrió por eso cambio alguno; paso alegremente en su casa de campo, como vés, algunas temporadas... ¡y cómo no, si aqui fué donde te conocí!

MAT. (*Con cariño.*) Fernando!

FERN. Pues bien, Matilde; jamás la envidia, ese asqueroso reptil que con su venenosa lengua mancha cuanto á su paso encuentra, ha cabido en mi pecho; pero en cambio...

MAT. ¿Qué?

FERN. Me domina la ambicion!

MAT. A tí? Ah! sí!... la ambicion á la gloria!

FERN. No; no es solo la gloria lo que hoy ambiciono; ambiciono el poder, las riquezas, todo... todo cuanto pueda ofrecerte un porvenir como yo he soñado! Cuando hácia mí mismo dirijo una mirada, me pregunto: ¿qué eres? A qué aspiras? Por qué codicias lo que debe estarte vedado?

MAT. Oh! calla!

FERN. Y una palabra, una sola palabra que llegue á mis oidos, me trastorna! La murmuracion crece rápida, y se estiende como el viento sútil que á todas partes llega!

MAT. ¿Qué dices?

FERN. Porque la murmuracion no afirma, supone; y la suposicion cabe siempre, allí donde cabe la calumnia! Ese joven pintor, dicen todos, solo posee su paleta y sus pinceles, Cárlos, en cambio, es rico....

MAT. Fernando! (*Levantándose ofendida.*)

FERN. Quién ataja la corriente de la murmuracion?

MAT. El desprecio!

FERN. Matilde!

MAT. Basta, Fernando! Noble y digna es la ambicion cuando enaltece y honra; pobre y pequeña cuando, en su ciego amor propio, envuelve una ofensa.

FERN. Una ofensa!

MAT. Si; todas esas riquezas, ese fausto y esplendor que para mí ambicionas, podrian halagar la vanidad, ese

orgullo desmedido conque envolver queremos nuestros mas íntimos sentimientos; pero no podrá satisfacer jamás, á la mujer que, al dedicarla esa ofrenda, la roban su cariño... su amor!

FERN. No, Matilde.

MAT. Has dudado de mí, y es preciso, Fernando, que esa duda no despierte en mi alma otra sospecha.

ESCENA VIII.

Dichos, DON SILVESTRE *por la derecha; despues* TERESA *por la izquierda.*

SILV. (*Dentro.*) No consiento que salga usted; ya Fernando y yo sabemos donde está la puerta. (*Apareciendo en la escena, pero dirigiéndose hácia el interior.*) Véngueme V. de ese terrible enemigo, que no me ha dejado ni respirar. (*volviéndose.*) ¿Ha escrito V. ya esa carta?

FERN. Si señor.

SILV. Pues con el permiso de esta señorita, nos retiraremos, eh? Ya es hora de que cada mochuelo se vaya á su olivo... y el undécimo es no estorbar.

MAT. Vds. nunca pueden molestarme.

SILV. Jé!... (*Con maliciosa sonrisa.*) Sobre todo.., (*Señalando á Fernando.*) Digo, me parece que... (*Dominándose.*) (Por poco te se vá la burra, Silvestre!)

FERN. (Olvida mis palabras, yo te lo ruego.)

MAT. (Mucho tienes que hacer para alcanzar esa gracia.)

FERN. (La alcanzaré.)

SILV. (Qué tal! Eh? Que amartelados! (*Contemplándolos.*) Cuando digo que este jóven es peligroso! Creo que he hecho bien en decir á don Antonio, que sea un *argonautas* con ellos?)

FERN. Vamos, don Silvestre?

SILV. Si, vamos; que V. descanse, señorita Matilde, por el buen rato de esta noche.

MAT. Gracias.

SILV. Vamos, vamos, (Yo le probaré á don Antonio, que soy su amigo!) (*Vase con Fernando por el foro derecha. Teresa que habrá salido momentos antes, se dirige á la puerta del foro, despues que han salido y cierra.*)

ESCENA IX.

MATILDE, TERESA.

MAT. (*Pensativa.*) Su ambicion le ciega!... Oh! que no me falte su cariño, que yo sabré arrancar de su cabeza

esas locas ideas!.. (*Se dirige hácia el balcon y abre.*) Qué noche tan hermosa!

TER. (*Volviendo del foro y viendo á Matilde en el balcon.*) (Oh!... Eusebio no debe tardar! Si le viese saltar las tapias!...) Matilde!... (*Acercándose.*)

MAT. (*Volviéndose.*) Quieres que hasta las once demos una vuelta por el jardin?

TER. Qué locura! Es cierto que la noche está templada, pero... ya vés, en el mes de Octubre ya el relente es fresco... y podría perjudicar á tu salud.

MAT. No lo creas.

TER. No, no; repito que es una locura!... Además,... esta noche, segun me has ofrecido, tienes que concluir de leer la novela que nos trajo Cárlos, para que pueda yo empezarla mañana.

MAT. En ese caso...

TER. Pasaremos á tu tocador.

MAT. No; mejor estamos aquí.

TER. Aquí? (Qué suplicio!) Repara que como en esta habitacion ha habido tanta gente, está la atmósfera muy pesada.

MAT. Dejando abierto el balcon...

TER. Veo que hay que cuidarte como si fueras una niña; (*Cerrándole.*) el viento vá siendo cada vez mas fresco y... (*Mirando por el balcon.*) (Oh!.., me parece haber visto cruzar una sombra por el jardin! ¿Será Eusebio?)

MAT. Bien; no insisto; pasemos á mi tocador.

TER. (Ah!... respiro!)

MAT. Vienes, Teresa?

TER. Si; voy al momento; voy á arreglar un poco estos muebles, y á decir que retiren esas luces.

MAT. Te espero. (*Vase por la izquierda.*)

TER. Entro en seguida.

ESCENA X.

TERESA, *despues* EUSEBIO *por el foro*; *dentro* MATILDE.

TER. Por fin estoy sola! (*Apaga las luces, menos el quinqué, quedando la escena á media luz.*) No es conveniente que entre ahora nadie en esta habitacion. (*Observando.*) Se ha sentado á leer. (*Dirigiéndose hácia el balcon.*) Me habrán engañado mis ojos! (*Mirando por el balcon.*) El es!... no hay duda! Pongamos la señal. (*Ata un pañuelo á los hierros del balcon.*) El momento es oportuno. (*Observando.*) Matilde sigue leyendo, y mi tio está demasiado entretenido para apercibirse de nada. (*Escuchando cerca de la puerta del foro.*) Me

pareció haber oido abrir la puerta falsa del jardin!... El miedo mismo me hace sentir un vago rumor... no, son los latidos de mi corazon!... (*Dan dos golpes en la puerta del foro.*) Ah!... él es!... No me atrevo á dar ni un paso! (*Vacilando.*) Si mi prima saliese!... (*Con resolucion.*) Pero esos papeles... es preciso reeogerlos á todo trance! Serenidad! (*Abre con precaucion la puerta del foro, donde aparece Eusebio.*) Silencio, por piedad! Dáme esos papeles y huye!

EUS. Y tu prima? (*Desde la puerta.*)

TER. Ahí, en su tocador! (*Con temor.*)

EUS. ¿Se ha marchado Cárlos?

TER. No, está con mi tio en esa otra habitacion, jugando al ajedréz.

EUS. Entonces... (*Entrando con precaucion.*) nada tenemos que temer.

TER. Vete, vete por Dios!... Que hasta el aire que respiramos, creo que vá á llegar á sus oidos.

MAT. (*dentro.*) Teresa!

TER. Ah! los papeles... los papeles!

EUS. (*Fingiendo que los busca.*) Espera.

TER. Pronto, por piedad! (*Observando.*) Oh! Matilde se ha levantado! Por piedad, Eusebio! Esos papeles!...

MAT. (*Dentro*) Teresa.

TER. (*Asustada.*) Ah! (*Alzando la voz.*) Voy en seguida.

EUS. (*Buscándolos en el bolsillo.*) Encima de ese velador te los dejaré; entra, no te detengas. (*Vase Teresa por la izquierda.*)

ESCENA XI.

EUSEBIO, *despues* TERESA, *luego* PEDRO.

EUS. La suerte me favorece! ¿Qué me importa las consecuencias, si consigo mi objeto! La cartera!... (*Sacándola y revisandolo todo.*) Los billetes!... La carta.... ah! si!.. aquí están; perfectamente! (*Guardándolo.*) Pedro recibirá en este momento mi aviso; estoy seguro que mi fiel Genaro habrá cumplido lo que le mandé. Bien pronto la alarma cundirá por toda la casa! Nadie me observa; concluyamos de una vez! (*Desaparece por entre las colgaduras del balcon.*

TER. No hay nadie! (*Sale con precaucion del tocador de Matilde.*) Se ha marchado! Respiro! (*Dirigiéndose hácia el velador.*) (*Buscándolos.*) No veo los papeles!... Dios mio!... no los encuentro!

PED. (*Dentro.*) Señor!... señor!...

TER. Es la voz de Pedro!

PED. (*Dentro.*) Señor... (*Aparece en la puerta del foro que habrá quedado entornada.*) Ah! ¿es V., señorita Teresa? Como ví la puerta abierta, creí que estaría aquí su tio de V.

TER. Qué queria V., Pedro?

PED. Entregarle esta carta.

TER. Una carta! A estas horas!... (Qué nuevo enredo es este! Y esos papeles que no parecen!...) (*Los busca con ansiedad, procurando ocultar á Pedro su turbacion.*)

ESCENA XII.

Dichos, DON ANTONIO *por la derecha.*

ANT. Qué es eso, Pedro? (*Desde la puerta.*)

TER. (Ah!... mi tio!...)

PED. Una carta... que no sé por qué me está abrasando las manos!

ANT. Una carta! Es extraño! (*Cogiéndola.*) Quién la ha traido?

PED. Lo ignoro; aquí hay un misterio, señor, que no comprendo!

ANT. Bien; retírate, Teresa; ya es hora de que os recojais.

TER. (Oh!... esos papeles!... Yo volveré!!) (*Váse por el foro izquierda.*)

ESCENA XIII.

DON ANTONIO, PEDRO.

ANT. Habla.

PED. Estaba en mi habitacion, disponiéndome ya para acostarme, cuando oí dos golpes en la ventana de mi cuarto, que dá al campo. Pregunté quién era, y una voz, para mí desconocida, me contestó que traia un aviso importante para V.; abrí con precaucion la ventana, y envuelta en una piedra cayó esa carta dentro de mi cuarto; quise indagar quién era el enviado, pero desapareció como una sombra, y no pude reconocerle.

ANT. (*Leyendo.*) «Confíe V. menos en su hija, y vele más »por su honra. Los bandidos de levita son mas te»mibles que los salteadores de camino. En la pape»lera que está en su despacho, hallará tal vez, por »desgracia, la prueba de este aviso.» Oh... qué es esto?

PED. Yo... señor!...

ANT. Que nadie salga de esta casa, sin que yo lo sepa! Vé!... Vé pronto!

PED. Descuide V., señor. (*Váse por el foro.*)

ANT. (Ahora entremos en mi despacho!) (*Vase por la primera puerta derecha.*)

ESCENA XIV.

MATILDE, *despues* DON ANTONIO.

MAT. Me parece haber oido la voz de mi padre! Me habré engañado! (*Fijándose en el balcon.*) Han dejado abierto el balcon. (*Viendo el pañuelo atado á los hierros y cogiéndole.*) Un pañuelo atado á uno de sus hierros! Una escala! Qué significa esto! (*Retirándose del balcon. Suena dentro un tiro.*) Ah! Dios mio! Se habrá atrevido Fernando... Oh! (*Dirigiéndose precipitadamente á observar desde el balcon, quedando casi cubierta con la colgadura. Don Antonio aparece por la puerta de enfrente.*)

ANT. Sí; me han robado!

MAT. Eh! (*Volviéndose al oir la voz de D. Antonio.*)

ANT. Matilde! (*Viéndola al pié del balcon.*)

MAT. (*Conmovida.*) Padre... En el jardin... una detonacion!

ANT. Sí... Pedro tal vez!... (*Acercándose al balcon.*) (*Viendo la escala.*) Qué veo!... Una escala en el balcon de tu gabinete!

MAT. Oh!

ANT. Matilde! (*Dudando.*)

ESCENA XV.

Dichos, PEDRO *por el foro: despues* CARLOS *por la derecha: luego* FERNANDO *y* DON SILVESTRE *por el foro.*

PED. Señor... Señor... (*Apareciendo en la puerta con la cartera y una pistola en la mano.*)

MAT. (Padre.)

ANT. (Calla. (*A Pedro.*) Qué es eso?

PED. Esta cartera que he encontrado al pié de ese balcon.

ANT. (*Reconociéndola.*) La de Fernando!

MAT. Dios mio!

ANT. (*Abriéndola.*) Oh!... los billetes que me han robado!

MAT. Robado!

ANT. Sí; ladron de mi honra y de mis bienes!

MAT. El!... no!... no!...

ANT. (*A Pedro.*) Pero tú le has matado? No es verdad?

MAT. Oh!

PED. Señor; la detonacion que hemos oido ha sido sin

duda de esta pistola, que debe habérsele caido al saltar las tapias del jardin.

MAT. (*Con delirio.*) Fernando!... No! Imposible!

ANT. (*Bajo á Matilde.*) (Calla!... calla!... tu propia honra te impone silencio!) (*Desdoblando un papel que habrá dentro de la cartera y leyendo.*) «Mañana en Ma»drid, á la hora convenida; preparado el viage: yo »buscaré los medios de costearle. Mi posicion no me »permite pedir su mano; si me la negáran seria dar »el golpe en falso. Su amor hácia mí raya en locura; »esta noche me espera en su habitacion.»

MAT. Yo?...

ANT. (*Leyendo.*) «Huirá conmigo, y de este modo, aunque »no sea mas que por cubrir su honra, seré dueño de »su mano y de su fortuna.» Miserable!

MAT. Huir con él!... oh!...

CARL. (*Saliendo por la derecha.*) Qué sucede, don Antonio?

ANT. (Cárlos!) (*Dominándose.*)

CARL. (*Viendo á Matilde casi desvanecida.*) Matilde, qué tiene usted?

MAT. (Ay! me ahogo!) (*Fernando aparece en la puerta del foro detrás de D. Silvestre.*

FERN. (*Entrando.*) Don Antonio!

MAT. (*Comprimiendo un grito.*) (Él!... Jesús!) (*Cubriéndose el rostro.*)

ANT. (El!) (*Reprimiendo su primera idea de avanzar hácia Fernando, al ver á D. Silvestre en la puerta del foro.*) (Oh! su osadía no tiene ejemplo!)

MAT. (*Con voz apagada.*) (Padre!)

ANT. (Silencio!)

MAT. (Me ha matado, me ha matado!) (*Apoyándose en Cárlos para no caer.*)

FERN. Matilde! (*Acercándose al ver vacilar á Matilde.*)

ANT. No!... (*Interponiéndose y rechazando á Fernando.*)

SILV. Pasábamos por la puerta, y al oir un tiro...

ANT. (*Esforzándose por dominar la situacion.*) Sí; un descuido de Pedro...

SILV. Ah! ya!

FERN. Pero... (*Acercándose al ver á Matilde.*)

ANT. (No, nunca! nunca!) (*Interponiéndose entre Matilde y Fernando, y señalando á éste imperiosamente la puerta del foro. Fernando permanece inmóvil y aterrado. Cárlos sostiene por el lado opuesto á Matilde. Don Silvestre atontado mira con asombro á todos, sin saber lo que pasa. Pedro abatido cerca del foro.*

CUADRO, *Cáe el telon.*

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero. Las tres puertas del foro estarán cerradas.

ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO *aparece sentado en el sillon, junto á la mesa;* CARLOS *y* PEDRO, *salen un momento despues por la puerta del centro, que es la única que de las tres del foro sirve en este acto; á una indicacion de Pedro se acerca Cárlos á don Antonio. Pedro se retira por el foro.*

CARL. Don Antonio. (*Acercándose.*)

ANT. (*Saliendo de su abatimiento.*) Ah!.. Cárlos! (*Refrenando su emocion.*) Habrá V. estrañado que á estas horas le haya mandado llamar con Pedro!

CARL. Todo lo contrario; el estado en que anoche dejamos á Vds., era suficiente motivo para que yo sospechase que algun disgusto grave mediaba entre Vds.

ANT. Usted sabe...

CARL. Nada, pero este aviso confirma mas mis sospechas.

ANT. Si, Cárlos; inútil sería ocultárselo á V., cuando le llamo para exigirle un señalado servicio.

CARL. Agradezco á V. esa confianza.

ANT. Lo sé; por eso no he dudado. (*Breve pausa.*) Dispénseme V. que sea poco esplícito; apenas tengo aliento para hablar.

CARL. Tranquilícese V.

ANT. Sí; voy á confiárselo á V. todo, pero... quisiera que, con la misma franqueza, me dijese V. antes, si anoche... despues de retirarse Vds., ha mediado alguna esplicacion entre V. y su amigo... (*Sin atreverse á pronunciar el nombre de Fernando.*)

CAR. Fernando!

ANT. Sí.

CARL. No señor, ninguna; no trataré de ocultar á V., que anoche creí notar en su manera de proceder, cierto misterio que aun no acierto á esplicarme; le esperé en casa con natural impaciencia; pero así que llegó

se encerró en su gabinete, y no creí conveniente contrariar su marcada intencion de evitar mi presencia.

ANT. De manera que V. no le ha visto despues?

CARL. No señor.

ANT. Pues bien; ignoro el motivo que pueda ya detenerle en su casa, lo que es estraño ciertamente; pero eso me sirve de consuelo, porque sé que no ha huido.

CARL. Huir!..

ANT. Querrá cubrir su crímen con falsas apariencias, fiado en su misma audacia, pues tal vez ignora que existen en mi poder estas pruebas. (*Presentándole la cartera que estará en la mesa.*)

CARL. No comprendo...

ANT. Anoche me robaron de esa papelera, seis mil duros en billetes.

CARL. Anoche!...

ANT. Pero el ladron aspiraba á mucho más!.. Intentó tambien cobardemente, robarme mi honra!

CARL. Fernando!.. Imposible!

ANT. Vea V. su cartera... (*Entregándosela.*)

CARL. (*Abriéndola.*) Un fajo de billetes!.. Una carta!

ANT. Suplico á V. que la lea para sí. (*Cárlos lee.*) Yo no he podido olvidarla ni un solo momento en toda la noche! Está grabada sobre mi pensamiento!

CARL. (*Despues de leer.*) Esto es una infame calumnia, de la que yo protesto en nombre de Fernando!

ANT. Le ciega á V. la amistad: esa cartera, lo mismo que V. la vé, se encontró anoche al pié del balcon del gabinete de mi hija, donde estaba puesta una escala.

CARL. ¿Y V. cree que Fernando...

ANT. Las pruebas son claras como la luz del dia; yo le perdonaría como ladron de mis bienes! Como ladron de mi honra... le mataré!

CARL. Pero esto es inconcebible!

ANT. Duda V. aun?

CARL. Si señor, dudo y dudaré siempre; Fernando es incapaz de tan vil seduccion! (*Devolviendo á don Antonio la cartera con los billetes y la carta.*)

ANT. Pronto se convencerá V. de lo contrario! *Breve pausa.*) He llamado á V., para que se sirva acompañarme con Pedro y con su amigo... á la arboleda del montecillo.

CARL. (*Comprendiendo su intencion.*) Don Antonio!

ANT. Oh!.. ya he dicho á V. que pienso matarle... y le mataré; comprendo que no es digno de batirse conmigo! . Pero todo... todo lo olvido ante la sola idea

que me domina. La sociedad nos impone una ley bárbara para labar las manchas que saltan á nuestro rostro!.. Yo acepto hoy esa ley para borrar de aquí mi afrenta!.. (*Señalando la frente.*)

CARL. Batirse V.! Imposible!

ANT. Cree V. que porque soy ya viejo, me faltan fuerzas para sostener sereno en mi mano una pistola! Se engaña V., Cárlos; mas... mucho más que á mí los años, debe abatirle á él su propia conciencia.

CARL. Pero...

ANT. Me batiré; mi resolucion está tomada; acabo de dar á V. una prueba de ello, confiándole, como testigo, un secreto que solo en este caso puede salir de los labios de un padre ofendido.

CARL. Don Antonio; si el valor es la serenidad ante un peligro, ante una desgracia cualquiera, yo suplico á V. que procure tranquilizar su espíritu, siquiera sea por breves momentos, para poder dar una solucion clara á tanto enigma. Es preciso examinar estas pruebas con mas detencion; repare V. que esta letra no es de Fernando.

ANT. Cuando un escrito puede comprometernos, no solo no se firma, sino que se falsifica la letra.

CARL. Es cierto; pero si él hubiera cometido anoche ese crímen, lo primero que hubiera echado de menos era su cartera, y creyéndola perdida, hubiera huido sin detenerse ni un momento; las pruebas son, como V. dice, demasiado justificativas, para comprometerse hasta el punto de permanecer tranquilo en mi casa.

ANT. Esa es mi duda!.. Puede V. asegurar acaso que no habrá huido esta noche sin que V. lo sepa?

CARL. Repito á V. que Fernando permanece tranquilo en mi casa.

ANT. Bien; de todos modos, le suplico que no dilate por mas tiempo la triste comision que le he confiado.

CARL. Vendrá, si señor; yo tambien lo deseo; si es culpable, para que sufra el justo castigo; si es inocente, como creo, para confundir al que ha intentado deshonrarle tan villanamente! (*Vase por el foro.*)

ESCENA II.

DON ANTONIO, *despues* MATILDE *por la izquierda; luego* PEDRO *por el foro.*

ANT. (*Pensativo.*) Es natural que así le defienda!... Qué me estraña si yo mismo!.. Oh! no; yo no pue-

do querer... yo no he podido querer nunca al que tan vil plan fraguaba en su cabeza! (*Queda pensativo.*)

MAT. (*Saliendo y acercándose lentamente á don Antonio.*) Padre!

ANT. Matilde!.. (*Rechazándola.*) Déjame!.. Déjame!.. Quiero estar solo! . (*Breve páusa.*)

MAT. (*Con serena pero sentida espresion.*) Si en un momento de dolor puede un padre dudar de su hija... transida de pena, muerto su corazon como sus esperanzas, ella debe decir á su padre, con la cabeza levantada: «mírame; si mi frente está manchada, alza tu brazo »sin piedad!... Si en ella brilla solo mi dolor... no le «aumentes mas con tus rigores!» (*Pausa.*)

ANT. (*Pensativo.*) Mi pensamiento batalla sin cesar! En esta horrible lucha te veo víctima de una infamia!..

MAT. Si.

ANT. Pero en esa infamia vá envuelta tu honra que es la mia!... Yo solo debo rasgar el velo que la cubre.... para poder alzar sereno mi cabeza, que se inclina bajo el peso del agravio!.. Mi cabeza, que hoy mas que nunca, siente mecerse sobre ella el soplo frio de la muerte, á pesar de que en mi corazon arde un fuego abrasador que le consume!

MAT. Fuego lento, cuya chispa primera brotó, tal vez, de la envidia ó la calumnia!...

ANT. Habla pues; quiero escucharte; ¿por qué anoche te encontré junto al balcon, cuando yo noté la falta de estos billetes? Quién puso en él la escala? Con qué objeto? . Pero no!.. Si no has de decir la verdad... calla!.. Si has de confesarte culpable... calla tambien, calla!

MAT. Yo estaba en mi tocador, cuando, por segunda vez, escuché tu voz; salí á mi gabinete, y oí una detonacion hácia el jardin; la curiosidad... no la ansiedad natural de saber si habria sucedido alguna desgracia, hizo que me dirigiese hácia el balcon, donde tú me encontraste.

ANT. Y... no tenia fundamento alguno esa natural ansiedad que tú sentias? (*Matilde baja la cabeza.*) No; si ya has empezado á hablar!.. Si ya no quiero que calles! Si quiero saberlo todo!

MAT. Hace dos dias que me propuso... Fernando... que podíamos hablarnos por la noche; él desde el jardin, y yo desde el balcon de mi gabinete.

ANT. Oh!.. continúa.

MAT. Yo me negué á ello, porque sabia que esto te habia

de disgustar, dando á la vez pábulo á la murmuracion.

ANT. Hablarte... cuando á todas horas tenia francas las puertas de esta casa!.. Sigue.

MAT. Ayer volvió á proponérmelo, pretestando que queria despedirse de mí, pues pensaba marchar hoy á Madrid, como sabes; despues desistió de su viage, y no volvimos á hablar sobre este particular. Al oir anoche la detonacion de un arma de fuego...

ANT. Pensaste en él!

MAT. Si.

ANT. No te engañabas.

MAT. Creí que se hubiera atrevido á entrar en el jardin, y temerosa de que le hubiesen sorprendido...avancé hácia el balcon, á informarme de lo que pasaba.

ANT. Pero... aquella escala no es posible colgarla desde abajo!.. Aquella escala fué puesta desde tu mismo gabinete! Quién la puso? Tú debes saberlo!

MAT. No.

ANT. Habla!

MAT. No sé mas!

ANT. Habla! (*Con imperio.*)

MAT. Lo juro....por la memoria de mi honrada madre!

ANT. Oh! (*Pausa.*) Bien, puedes retirarte. (*Levantándose.*) Tengo que dar algunas órdenes, y arreglar varios papeles que tengo en ese gabinete. (*Toca el timbre que estará encima de la mesa y despues se dirige lentamente hácia la puerta derecha.*)

MAT. Padre! Ah! (*Al dirigirse hácia él, aparece Pedro por el foro; don Antonio al verle rechaza suavemente con su accion á Matilde; esta, al verse rechazada por su padre, se detiene, y deja caer abatida su cabeza sobre el pecho.*)

ANT. (*A Pedro.*) Cuando vuelva Cárlos, que pase á esta habitacion.

PEDR. Está bien, señor. (*Vase don Antonio.*)

ESCENA III.

MATILDE, PEDRO.

MAT. (*Pensativa.*) Qué puedo ya esperar, si hasta mi mismo padre me cree culpable!

PED. Culpable V? Quemadas se hubieran visto mis manos antes de haber cogido esa maldita cartera, que solo el diablo pudo dejar caer allí! Porque lo que es á mí, no ha podido aun pasarme de aquí el enredo!

MAT. (*Con interés.*) Duda V. que Fernando?...

PED. Qué es dudar!.. No señora! Aunque me tostaran vi-

vo, no me atreveria á decir siquiera que haya sido capaz de esa felonía!.. Seductor y ladron por añadidura! Vamos! Si lo que es eso, hace saltar á una muralla de doscientos pies! Voto á mil bombas!.. Perdone V., señorita; aun me quedan resábios del servicio!

MAT. Pedro... si tiene V. algun indicio, si sabe algo de lo que pasó anoche... yo se lo ruego, nada me oculte V!

PED. Oh! pues si yo supiera quién es el diablo de este enredo... Diablo y todo, ya le hubiera retorcido el pescuezo!.. y ya vé V. que al señorito Fernando no se le he retorcido todavía!

MAT. Pero V. sospecha...

PED. Mire V., señorita; yo no entiendo ni esto de leyes, ni tal vez tenga sentido comun para juzgar las cosas; pero tengo aquí... yo no se qué, (*Señalando el corazon.*) que por instinto me lleva siempre camino recto y pocas veces me ha engañado! No diré que alguna que otra, cuando yo era muchacho, no me haya dado tambien algun disgustillo, pero á la presente estamos en muy buena correspondencia, y en él me fio.

MAT. Y qué es lo que dice á V. su buen corazon?

PED. Que vivimos en un pueblo donde todos envidian á V. y al señorito Fernando, por mas cortesías y rendimientos que se les hagan; que la envidia es la peor semilla que el diablo echó en este mundo, y que cuando se le mete á uno de lleno en el cuerpo...

MAT. Oh! no hay duda!.. Pedro... V. sospecha algo!

PED. Yo?

MAT. Esa turbacion lo indica bien claro; V. afirma, cuando todas las apariencias me condenan, que yo no soy culpable!

PED. Oh! eso lo juraria!

MAT. Y sin embargo, V. me oculta sus dudas; V. no trata de arrancar de mi frente la mancha que han impreso en ella!

PED. (*Con resolucion.*) Pues bien, sea!.. y venga lo que viniere despues!..

MAT. Hable V. yo se lo ruego!

PED. Tal vez cometa un nuevo crímen, porque yo... yo no tengo prueba alguna; pero V. lo exige y basta!

MAT. Si.

PED. Ya he dicho á V., señorita, que la envidia es un gusano roedor...

MAT. Sí, pero...

PED. Pues bien; sospecho...

MAT. De quién?

PED. (*Bajando la voz.*) De la señorita Teresa.

MAT. De mi prima!.. de... (*Exaltada por los celos.*) Jesus!,. (*Sacando precipitadamente el pañuelo que cogió del balcon.*) Este pañuelo, que es suyo, estaba atado á los hierros del balcon! (*Recordando.*) Si!.. ella posee tambien una fortuna!.. Temerian la oposicion que yo pudiera hacerlos, y... Ay!.. solo este terrible golpe faltaba á mi corazon!

PED. Señorita...

MAT. Pedro, cuando Teresa salga de su habitacion, dígala V. que la espero.

PED. Bien, señorita; me pondré en acecho, y en cuanto la eche la vista encima...

MAT. Sí, eso es!

PED. Pero, debo advertir á V., que mis sospechas pueden ser infundadas, y...

MAT. Fie V. en mi prudencia.

PED. En ese caso voy á ponerme en guardia! (*Vase por el foro izquierda.*)

ESCENA IV.

MATILDE, *despues* FERNANDO.

MAT. Mi cariño me cegaba! El papel que se ha encontrado en su cartera, puede referirse á ella... mejor aun que á mí! Además... cómo Fernando ha podido estraer esos papeles!.. No!.. pero ella!.. ella!.. Oh! no hay duda; anoche todo su empeño era alejarme de mi gabinete! Su turbacion, su mirada inquieta, todo viene á confirmar esta cruel sospecha!.. Esta ansiedad es horrible! Yo misma pasaré á su habitacion! Quiero saberlo todo... y lo sabré! (*Se dirige á la puerta del foro, donde aparece Fernando en este momento.*) Ah!... Fernando! (*Los dos se detienen al verse frente á frente: Matilde se queda inmóvil en medio de la escena; Fernando, pasado el primer instante de sorpresa, entra con resolucion.*)

FERN. (*Con aparente serenidad.*) Si; yo soy!... ¿No me esperabas! ¿No es cierto!

MAT. No. (*Con sequedad, dominada por los celos.*)

FERN. (*Con ironía*) Y sin embargo... yo que he intentado robar tu honra y tu fortuna, no he vacilado en llegar hasta aquí!... oh!... mi osadía debe infundirte pavor!... ¡No es verdad? (*Variando de entonacion.*) Matilde... si la calumnia hubiese levantado su voz hasta mis oidos, mancillando tu honra, entre mis manos

hubiera hecho pedazos al que tan solo se hubiese atrevido á propagarla! Tú... en vez de rechazarla, la has acogido; la has dado crédito, y por eso... te averguenzas de ello!

MAT. (*Levantando la cabeza con orgullo.*) Fernando!

FERN. Nada me sorprende! De tu cariño al mio hay una distancia inmensa! Lo que la oscuridad de la luz! Por eso el criminal infame no inclina su frente al suelo, la levanta altiva! Su juez, en cambio, ni aun la mirada se atreve á alzar siquiera!... Teme sin duda que la luz le robe el rojo color que debe estar impreso en sus megillas!

MAT. Oh!

FERN. Veo que hemos trocado los papeles!

MAT. Es cierto; el cambio es por desgracia harto cruel!

FERN. No!... si yo desprecio esas pruebas que me acusan!... Si yo no trato de defenderme ante tus ojos! Eso sería degradarme hasta el punto de dudar de mi mismo cariño!...

MAT. ¡Tu cariño!...

FERN. Tal vez te inspira ya horror! Oh! si, me olvidaba el papel que aquí represento. (*Con resolucion.*) Pues bien; el reo antes de ser condenado, tiene al menos el derecho de oir su propia acusacion!... Habla, ya te escucho!

MAT. Si algun dia creí ser dueña de ese cariño, nunca imaginé serlo de tu conciencia; si tu corazon me hubiera preguntado, yo, tal vez, hubiera sabido contestar; como juez de tus acciones, no es á mí á quien debes dirigirte.

FERN. ¡Es que mi propia honra así lo exige!

MAT. ¡Es que yo de tu honra no he dudado! Es que yo, herida la mia, he empezado por sentir el agudo dolor... (*Comprimiendo su corazon.*) por donde el dardo homicida ha penetrado!

FERN. Matilde!

MAT. Nada puede existir ya entre los dos! De tu cariño al mio, como has dicho, media una distancia inmensa!

FERN. ¡No dudas de mi honor... y sin embargo me rechazas!... La compasion que te inspiro debe servirme de consuelo! (*Con dignidad.*) No, yo la rechazo tambien! Yo no vengo á implorar compasion de la que quizá con un fin premeditado, me arrebata en un dia cuanto de noble y grande daba aliento á mi ser!... vida á mi alma!

MAT. Un fin premeditado!... ¿Y eres tú el que me lo dices..? Basta, Fernando!... Ante los hechos nada significan

las palabras! (*Aparece don Antonio en la puerta de la derecha.*)

FERN. ¡Y los hechos me acusan!... ¿no es verdad?... Los hechos me colocan en la esfera de los criminales!... Oh!... quiera Dios que esta infame intriga no tenga un fin siniestro! Que esa horrible duda...

ESCENA V.

Dichos, DON ANTONIO.

ANT. (*Desde la puerta.*) Solo á nosotros toca resolverla! La ofensa dirigida al corazon de una hija, hiere al mismo tiempo el honor de su padre! (*Matilde, al ver en la puerta á don Antonio, cruza la escena, interponiéndose temerosa entre los dos.*)

FERN. (*Refrenando su exaltacion.*) Don Antonio!...

ANT. No es aquí donde ciertos asuntos deben tratarse! (*Pasando por delante de Matilde, y quedando en el centro; esta, aunque al otro lado, no se separa de él.*)

FERN. Es que aquí ha sido donde se ha alzado contra mí una infame calumnia!

ANT. Una calumnia! (*Con ironía.*)

FERN. Si!

MAT. (Padre!)

ANT. (Calla!)

FERN. El respeto que esas canas me infunden... Dios tal vez me le inspira para soportar sereno la ofensa que esa duda envuelve contra mi!

ANT. ¿Reconoce V. esa cartera?

FERN. (*Cogiéndola.*) Oh!... Aunque no fuera mas que por el dulce recuerdo que sus hojas encierran para mí, jamás trataría de desconocerla! La mia es en efecto!

ANT. Bien.

MAT. (Padre!)

ANT. ¡Ya vé V. que yo tambien respeto los recuerdos; que yo tambien me esfuerzo por estar sereno!... y sin embargo, mi conciencia me grita sin cesar; ¿qué han hecho de tu honor?... ¿Quién le ha ultrajado?

MAT. (Por piedad!) (*Pausa.*)

FERN. ¿Y esas pruebas... que me acusan, dónde existen?

ANT. Ahí, en su misma cartera!

FERN. (*Examinando su contenido.*) Un fajo de billetes! (*Con serenidad.*) ¿La cantidad robada!

ANT. Si.

FERN. ¿Y este papel?

ANT. Puede V. reconocerle tambien.

FERN. (*Lee con la misma serenidad, hasta el final.*) «Mañana

»en Madrid á la hora convenida; preparado el viage; »yo buscaré los medios para costearle.» (*Declamando.*) Es decir... lo robaré!... oh! el medio por lo menos es ingenioso! (*Leyendo.*) «Mi posicion no me per»mite pedir su mano; si me la negáran, sería dar el »golpe en falso. Su amor hácia mí raya en locura; »esta noche me espera en su habitacion.»

MAT. Oh! (*Con rubor.*)

FERN. (*Contemplándola.*) Sí; esto es lo infame! Lo criminal! (*Leyendo.*) «Huirá conmigo, y de este modo, aunque »no sea mas que por cubrir su honra, seré dueño de »su mano y de su fortuna.») (*Estrujando con ira el papel.*) Miserables! (*Reponiéndose gradualmente, al notar que don Antonio indica con una accion el temor de que rompa el papel.*) No; no trato de despojar á V. de documento tan precioso! (*Arrojando la cartera con los billetes y la carta encima de la mesa.*)

ANT. Es verdad! Siendo el escándalo la base de su proyecto, á nadie mas que á V. interesa dar publicidad á esas pruebas!

FERN. Esa suposicion...

ANT. No, no hay tal suposicion! El plan de V. es por desgracia harto conocido! ¿Qué importa salpicar el rostro con el inmundo cieno del crímen, si al que ha de ser nuestro juez, ha de envolver en la acusacion su propia deshonra!

MAT. (Dios mio!)

FERN. Oh!

ANT. Porque esas pruebas, no solo acusan á V.; esas pruebas mancillan mis canas, y yo... yo no debo... no puedo hacer uso de ellas!.. ¿No es verdad? Yo no he de querer infamar á mi propia hija, porque esa mancha aparece aun mas repugnante en el rostro de un anciano!

FERN. Pero esa vil infamia...

ANT. No; no es solo la mano criminal la que ha estraido esos billetes de esa papelera!... no!... La mano criminal es la que ha clavado el puñal homicida en el corazon de una inocente hija.

MAT. (Oh!)

ANT. Sí; V. no solo ha cometido un robo!...

FERN. Yo?

ANT. Ha cometido un asesinato!

FERN. Don Antonio!

ANT. Y si ha creido que la vejez del cuerpo trasmite al alma su debilidad, está engañado!... Pague el cuerpo á la tierra su tributo, mas el alma es de Dios;

nunca se abate! Por eso bajo las blancas canas de este anciano, caber podrá la muerte, pero no la deshonra!

FERN. ¡La deshonra no, pero si la ofuscacion!... El delirio!... Enagenacion ciega y apasionada que encadena nuestra razon, y exalta nuestra fantasía para escupir á nuestro rostro, en su delirante estravio, la vergüenza de una accion humillante, de un crímen, siquiera sea imaginario! oh! no! Yo al pisar por vez primera los umbrales de esa puerta, lo hice con la cabeza erguida; solo de ese modo saldré por ella. Si en sus planes entraba cerrarme las puertas de su casa... bastaba, don Antonio, con una leve indicacion; no era preciso manchar mi rostro con la humillacion de un crímen!

ANT. Oh!... salgamos pronto! Cárlos nos espera!

MAT. Padre mio! (*Deteniéndole.*)

FERN. Si es mi vida la que V. necesita para alimentar esa calumnia, vamos pues!

MAT. ¡Fernando! (*Interponiéndose.*)

ANT. Vamos!

MAT. No!

ANT. Aparta!

MAT. Ah! (*Viendo aparecer en la puerta del foro á Cárlos y corriendo hácia él.*) Cárlos!... por piedad!... Van á batirse!

ESCENA VI

Dichos CARLOS.

CAR. (*Deteniéndolos.*) Un momento, don Antonio!

ANT. Imposible!

CAR. Si algun valor tiene para Vds. mi amistad... yo se lo ruego; como testigo de un duelo, á mi deber toca exigir antes una esplicacion.

ANT. Sea. (*A Matilde.*) Retírate.

MAT. Padre mio!

ANT. Yo te lo mando!

CAR. (*Bajo á Matilde, acompañándola hasta la puerta.*) (Ni un solo paso daremos sin participárselo á V.)

MAT. (Cárlos!)

CAR. (Confie tambien en mi amistad.) (*Vase Matilde por la izquierda.*)

SILV. (*Desde dentro.*) Cuando le digo á V. que soy de casa.

CAR. (Oh! que contratiempo!) (*Volviéndose rápidamente hácia don Antonio.*)

ANT. Silencio, Cárlos; suceda lo que suceda, es preciso que nadie se entere de lo que pasa; les suplico á Vds.

que me esperen en ese gabinete. (*Con intencion á Fernando.*) Pronto nos veremos libres de importunos.)

FERN. Así lo espero.

CAR. Fernando... yo tambien te lo suplico!

FERN. Vamos. (*Vánse por la derecha.*)

ESCENA VII.

DON ANTONIO, *despues* DON SILVESTRE.

ANT. Su altivez no tiene ejemplo! Posible es que el hombre lleve á tanto su cinismo!

SILV. (*Entrando.*) Pues aunque uno fuera una persona estraña! (*Viendo á don Antonio que permanecerá pensativo.*) Ajá, ya estamos con los huesos de punta! Eso me agrada, don Antonio; se conoce que lo de anoche no pasó del susto!

ANT. No.

SILV. Pues el que nosotros llevamos tampoco fué flojo!... Si V. se hubiera podido ver en un espejo!... Supongo que á la niña tambien se le habrá pasado, eh?

ANT. Si.

SILV. Vamos... mas vale así!

ANT. Gracias.

SILV. Pues yo apenas me levanté esta mañana, dige para mi capote, á don Antonio le dejamos anoche algo *sulfuroso*, y el deseo natural de informarme de su salud, me hizo salir temprano... y aquí me tiene V!

ANT. Yo le agradezco tan buena intencion.

SILV. Pues no faltaba otra cosa! Ya sabe V. que yo me intereso por todo lo suyo!... Y si no, que lo diga anoche Fernando! Jé! jé!... buena mosca debió llevar á su casa.

ANT. Eh?

SILV. Si señor; (*Bajando la voz.*) porque... como yo estoy tambien en el secreto!

ANT. Qué dice V!

SILV. Es decir, yo no trato de ofender á nadie; pero... un buen consejo no cuesta nada, y como en un pueblo todo se observa y se habla, y se... en fin, ya me entiende V!

ANT. (Todo lo sabe!).

SILV. Por lo demás, yo bien sé que la señorita Matilde es incapaz...

ANT. Es mi hija...

SILV. Nada, nada, de eso no hay que hablar! Pero ya creo que le he dicho á V., que mi hijo tiene tanto talento y tanta penetracion!.. Creame V., don Antonio,

la que á él se le escape, ya ha de ser larga de veras.

ANT. (*Con recelo.*) Y qué es lo que ha podido saber su hijo de V?

SILV. Nada!.. Si todo ello no vale la pena!.. Pero como por el pueblo hay tanto chismoso, yo, que no en vano soy su alcalde, me he propuesto tapar todas las bocas, y anoche en efecto...

ANT. Qué?

SILV. Voy, voy á esplicarme, como yo acostumbro. No sé si ya le he dicho á V. que mi hijo tiene mucho de aquí... (*Señalando la frente.*)

ANT. Si. (*Con impaciencia.*)

SILV. Bien, bien; pues adelante. Como él toma tan á pecho todo aquello que á Vds. se refiere, ha sabido que Fernando...

ANT. (Dios mio!)

SILV. Rondaba por las noches la cerca del jardin, y como esto podia dar lugar á habladurías, me lo dijo hace ya dias, y yo, como alcalde, y sobre todo, como amigo, dije: he aquí una ocasion de probar á don Antonio que hay quien se interesa por su tranquilidad.

ANT. Bien, pero...

SILV. El caso es que yo, anoche, cuando sali de aquí con Fernando, dije para mis adentros: «lo que es en esta noche no te me escapas!» Y quieras que no, le agarré por mi cuenta, y no le solté hasta que al pasar justamente por la puerta de esta casa, en direccion á la de Cárlos, oimos un tiro, y entramos, como V. sabe, á ver lo que ocurria.

ANT. (*Con creciente interés.*) Qué dice V!.. Desde que salió V. de aquí, no dejó ni un solo momento á Fernando!

SILV. No señor! No vé V. que yo ya estaba advertido por mi hijo?

ANT. Por Eusebio!

SILV. Si señor: y cuando yo me propongo una cosa, ya es fácil que la suelte de la mano! V. no me conoce bien, don Antonio!

ANT. (*Pensativo.*) Si... ya sé que es V. firme en sus propósitos; pero... eso que V. me dice...

SILV. Es muy sencillo; yo conocí que como alcalde debia velar por la tranquilidad del pueblo, y como amigo... figúrese V!.. asi es que usando de la confianza que yo me tomo con todo el mundo, le dige: «mire V. Fernando, ya por el pueblo se murmura que anda V. por las noches fuera de casa y...

ANT. Pero... V. asegura, que desde que salió de aquí, no se separó ni un momento de su lado!

SILV. Hombre!.. Pues yo creo que bien claro me esplico.

ANT. Y que juntos pasaban por la puerta...

SILV. Cuando oimos el tiro, si señor; pero como él es mas suelto de piernas, entró antes que yo.

ANT. Y V. no se habia separado de él!

SILV. Dejuro que el susto de anoche le ha puesto á V. un poco sordo! (*Notando que don Antonio está reflexivo hablando para sí.*) Pero qué es lo que le pasa á V., don Antonio?

ANT. Nada... nada!.. Que no acierto á explicarme...

SILV. Por qué mi hijo se ha tomado en esto tanto interés?

ANT. Sí; justamente. (*Asaltado por una nueva sospecha contra Eusebio.*)

SILV. Hombre, hombre! Pues eso bien á la vista está! Como les ha cobrado á Vds. tanto cariño... En nombrándole, sobre todo, á la señorita Matilde, ya le tiene V. que no sabe cómo acertar mejor. Siempre está conque todo se lo merece; conque un Bajá de tres colas seria poco para ella!...

ANT. (Odia á Fernando! No hay duda!) Conque tanto interés demuestra?...

SILV. Bah! bah! bah! y luego como él, con ese aire de doctrino, es capaz de reconocer al mundo, sin que lo sienta la tierra!...

ANT. Sí, eh?

SILV. Ya lo creo! V. no sabe el talento que tiene mi hijo!

ANT. (*Animado por su sospecha.*) Y dígame V., don Silvestre...

SILV. Hola! hola! parece que ya se vá V. animando! Vaya!... me alegro, hombre, me alegro! porque... V. me perdone, pero tenia una cara de hereje cuando entré!

ANT. Sí; la conmocion, el disgusto natural...

SILV. Eso me pareció á mí tambien. Conque decia V...

ANT. Que si su hijo Eusebio les acompañaba tambien anoche, cuando cogió V. por su cuenta á Fernando?

SILV. No señor, no; por cierto que fué á casa bastante tarde, y me parecia que venia así... sobresaltado, intranquilo...

ANT. (*Pensativo.*) Sobresaltado, intranquilo? No es extraño. Hace tiempo que he notado que entre su hijo de V. y Fernando, no mediaba una gran simpatía!

SILV. Pues mire V... es la verdad! Por qué no hemos de ser francos! Desde que mi Eusebio formó aquel empeño de hacer una casa como la de Cárlos, yo tam-

bien he advertido que no se llevan muy á bien, que digamos. Es cierto que era una temeridad por parte de mi hijo, pero como tambien Fernando se lo dijo de una manera tan seca y tan.. á él, que no le gusta que se la echen de tiros largos...

ANT. Justo; por eso tal vez no acompañaria á Vds.

SILV. Y como, además, tenia mucho que hacer, si algun importuno le entretuvo... porque ya le digo á V., en seguida que llegó á casa se fué derecho á su habitacion, á concluir el *espedienteo* de la causa de los ladrones.

ANT. (Oh!)

SILV. Y allá estuvo empaquetando las llaves ganzúas, las limas, las escalas... en fin, todo lo que se les cogió.

ANT. Ah! conque tambien habia escalas?

SILV. Anda!... anda!... Ya lo creo!... Yo no estoy muy al corriente de esos pormenores, porque como él me lo arregla todo...

ANT. Sí.

SILV. Pero en fin; como alcalde dirigí á todos esos objetos una mirada oficial, y... V. ya sabe lo que es una mirada oficial!

ANT. (*Impaciente.*) Sí, sí; en ese caso tendria mucho gusto en que él mismo me lo explicase detenidamente.

SILV. Vaya si lo hará!... (*Levantándose.*) Ahora mismo le diré que venga, y eso le distraerá á V. del susto de anoche.

ANT. (Oh!) Sí, señor, sí. (*Dándole el sombrero.*) Ya vé V. con qué impaciencia lo espero!

SILV. Pues antes de cinco minutos...

ANT. Gracias, don Silvestre; no sabe V. bien lo mucho que le agradezco esta visita!

SILV. (*Con satisfaccion.*) Noto, en efecto, que dejo á V. mas animado y mas...

ANT. (*Acompañándole para que se retire pronto.*) Sí señor, si.

SILV. Vaya, me alegro que el susto...

ANT. Gracias. (*Despidiéndole.*)

SILV. Y que la de la señorita Matilde...

ANT. Gracias.

SILV. Conque le diré que venga y...

ANT. Sí: le espero con ansiedad y... gracias, gracias, don Silvestre. (*Vase D. Silvestre por el foro.*)

ESCENA VIII.

DON ANTONIO, *despues* MATILDE.

ANT. No; no es posible que su padre, por salvar á Fernando, haya hecho recaer mis sospechas sobre su hijo. (*Fijándose en la mesa.*) Sobre esa mesa... sí, lo recuerdo bien; yo mismo dejé sobre ella la cartera de Fernando! Eusebio estuvo escribiendo aquí despues! (*Breve pausa.*) Qué interès puede haberle movido ácometer ese crimen? Desprestigiar... deshonrar á Fernando! (*Breve pausa.*) Pensará tambien en Matilde!... Oh!... los celos!... la envidia!... La venganza tal vez! (*Pausa.*) Aun admitiendo esta suposicion, él no ha podido extraer anoche estos billetes! Necesitaba valerse de alguien para... Oh! siento agitarse en mi cerebro un mar de ideas! (*Con decision.*) No; no perdamos tiempo; esa explicacion que Cárlos exige, es necesaria; vamos pues. (*Se dirije á la puerta.*)

MAT. (*Saliendo.*) Padre. (*Con temor.*)

ANT. Matilde! (*Deteniéndose.*)

MAT. Dónde vas?

ANT. Nada temas! (*Acercándose.*) Escucha. Anoche, cuando yo me retiré con Cárlos, tú te quedaste sola en tu habitacion.

MAT. Sí; sola con mi prima.

ANT. Tu prima! (*Asaltado por una nueva idea.*)

MAT. Sí.

ANT. Teresa! (*Pensativo.*) Sí... eso es! Pero tú permaneciste allí, hasta que yo volví?

MAT. No; Teresa se empeñó en que entrase en mi tocador en tanto que ella arreglaba mi gabinete.

ANT. Y... no observaste nada que...

MAT. Sí, tengo la conviccion profunda, de que solo ella sabe lo que pasó anoche. (*Enseñándole el pañuelo.*) Mira.

ANT. Qué es esto?

MAT. Su pañuelo, que encontré atado á uno de los hierros del balcon.

ANT. Una señal sin duda!

MAT. Sí.

ANT. Todo... todo viene á confirmar la idea que don Silvestre acaba de despertar en mí!

MAT. Qué dices?

ANT. Sí; Teresa lo sabe todo! Solo ella ha podido ser su cómplice!

MAT. (*Pensando que se refiere á Fernando.*) Su cómplice!... Es verdad! (*Queda pensativa.*)

ANT. Cárlos y Fernando me esperan.

MAT. Padre!... (*Con temor.*)

ANT. (*Tranquilizándola.*) Tu recelo es infundado; dí á Pedro que llame á Teresa; necesito hablarla, necesito aclarar de una vez tanto misterio. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA IX.

MATILDE, *despues* TERESA *por el foro; luego* DON ANTONIO, *despues* PEDRO.

MAT. (*Abatida.*) Su cómplice!... Tiene razon Fernando... Mi corazon me engañaba miserablemente! (*Aparece Teresa en el foro.*) (Ah! ella es! Serenidad!)

TERE. (*Con recelo.*) Me llamabas, Matilde?

MAT. Sí; deseo hablarte: ya vés, en quién mejor que en tí puedo depositar mis pesares?... (*Teresa baja la cabeza con temor.*) Parece que mi presencia te inspira horror!

TERE. A mí?... Por qué?

MAT. Nada me sorprenderia; ya sabes lo que anoche pasó y...

TERE. Sí; pero yo no he dado crédito á ninguna suposicion que pueda ofenderte.

MAT. Has hecho bien; tú sabes que yo no puedo ser cómplice de semejante crímen! Nada tiene de extraño que mi padre, en un momento de arrebato, haya dudado de todo al principio; despues, ya mas tranquilo, ha comprendido que la calumnia... la envidia tal vez... se ha atrevido á pasar los umbrales de esa puerta.

TERE. No te comprendo! (*Con temor.*)

MAT. Quiero decir, que si mi padre pudo dudar un solo momento... tú, Teresa... no has podido ofuscarte hasta ese punto!... No es verdad que tú sabes que esa acusacion era injusta, cruel!

TERE. Jamás lo he dudado!

MAT. Y sin embargo, tiemblas delante de mí... como si tú fueras la culpable!

TERE. Yo?

MAT. (*Con ironía.*) No es extraño! El vivo interés que te inspiro, te sobresalta! Eso me sirve de consuelo, pues veo que hay personas que sienten mi desgracia, casi tanto como yo.

TERE. (Sospechará de mí!)

MAT. (Oh! yo la haré hablar!) Por lo que veo, Teresa, no debes estar al corriente de todo. No es á mí sola á quien se ha intentado calumniar; pero... así como tú rechazas todo pensamiento que pueda ofenderme, yo tambien he sabido defenderte á tí.

TERE. A mí!

MAT. Sí; Pedro habia recogido algunos datos, y como recaian sobre él tan graves sospechas... lo ha confesado todo, diciendo que tú le impulsaste á ello.

TERE. Yo?

MAT. Qué has sido su cómplice!

TERE. Esa acusacion es una nueva infamia! Juro por lo mas sagrado, que yo ignoraba el contenido de esos papeles!

MAT. (*Descubriendo su intencion.*) Ah! conque tú sabias...

TERE. Yo? (*Aturdida.*)

MAT. Habla, habla! (*Con imperio.*)

TERE. (Me ha tendido un lazo! Nada sabe!)

MAT. Habla! No ves la ansiedad conque espero tus palabras!

TERE. Yo... (*Esforzándose por dominar su turbacion.*) Nada tengo que decir, porque nada sé.

MAT. Entonces... á qué papeles te referias?

TERE. Habia oido decir...

MAT. A quién?

TERE. No; á nadie; pero...

MAT. Habla.

TERE. Al verte así... tan sobresaltada!... mi aturdimiento es natural!

MAT. Tu aturdimiento!... no!... Si es tu misma conciencia la que te acusa! La que es inocente, alza siempre erguida su cabeza, porque en su frente no puede grabarse el anatema de la infamia!... Resbala sobre ella como una gota de agua sobre limpio cristal! En cambio, la que es culpable, el eco solo de la murmuracion de su encubierto crímen, vá emponzoñándola poco á poco, hasta que su propio peso la abate!... Su mirada vaga errante en busca de un espacio imaginario; sus ojos se inclinan hácia el suelo; su cuello se dobla! Teme que al levantar su cabeza, el anatema esté ya impreso en su rostro!... Oh! mírame!... Mírame!... Mírame frente á frente, como yo te miro! No te atreves! Oh!... si la cara no es el espejo del alma, es por lo menos el espejo de nuestra conciencia!

TERE. Tambien la duda afrenta!

MAT. La duda!... no!... la duda hiere, destroza, mata...

pero no abate, no humilla, no hace temblar de pavor, como tú ahora tiemblas.

TERE. Yo!...

MAT. (*Presentándola el pañuelo.*) Niega aun, si te atreves, que tu pañuelo atado á los hierros del balcon, no era una señal convenida!

TERE. (Mi pañuelo!...)

MAT. Sí, él mismo lo ha puesto en mis manos, como una prueba evidente de su acusacion contra tí!

TERE. (Me ha vendido!)

MAT. Pero tú lo quieres... sea!... Pronto mi padre romperá tu obstinado silencio; pronto verás esta prueba en sus manos y...

TERE. No!... por piedad, Matilde! Soy mas desgraciada que culpable! (*Aparece en la puerta D. Antonio.*) Yo te lo revelaré todo!... Pero á tí, porque tú me perdonarás.

MAT. Habla. (*Breve pausa.*)

TERE. Yo fuí quien, en efecto, cogí esos papeles... creyendo, como él me habia asegurado, que eran unos documentos que se referian á la venta de esta casa. Me demostró que nuestro porvenir, nuestra felicidad consistia en que Cárlos no comprase esta posesion.

MAT. Vuestra felicidad!... Continúa!

TERE. Me dijo que tan pronto como esos papeles estuvieran en su poder, esta casa seria mia, como mio seria para siempre su cariño!

MAT. (*Esforzándose por contener su celosa exaltacion.*) Su cariño! Tú... tú poseer su cariño!

TERE. Fiada en sus promesas, le permití la entrada en tu gabinete, para que me devolviera esos papeles: pero apenas entró, tú me llamaste desde tu tocador, y cuando volví á salir, ya habia huido.

MAT. (*Ensimismada en su pensamiento.*) Su cariño! Pero tú ignorabas que yo... oh!... Si no encuentro castigo suficiente para vosotros!

TERE. (*Suplicándola.*) Oh! te juro que yo no he tratado de inferirte una ofensa tan grave!

MAT. Pero... él te propuso...

TERE. Sí; mas ahora comprendo que solo trataba de engañarme! Que Eusebio es un malvado!

MAT. (*Volviéndose hácia ella rápidamente, con el mayor asombro.*) Qué!... Qué has dicho!... Eusebio!... Era Eusebio?...

TERE. Sí.

MAT. Ah!... (*Con expansion.*) Y por qué me lo ocultabas! Eusebio!... Sí!, sí!... es claro! (*Con delirio.*) Cómo

era posible que Fernando!... Eusebio... sí... tan servicial, tan bueno, tan... Si era yo... Si era yo la que estaba loca!

TERE. Perdóname, prima mia!

MAT. (*Abrazándola, poseida del mismo delirio.*) Sí, Teresa, sí! no he de perdonarte, cuando acabas de hacer latir otra vez mi corazon! (*Animándola.*) No... no te aflijas! Si todo ha sido un error!... Una mala interpretacion! Porque tú... tú no sabias! Si tú eres inocente! Si eres buena! Si... (*Recordándolo todo de repente y rechazándola indignada.*) Ah!... no!... vete... vete!... eres una infame!

ANT. Sí.

TERE. (Mi tio!) (*Aterrada.*)

ANT. El remordimiento es la mano de nuestra conciencia, que arranca de nuestro rostro la máscara que le cubre!

TERE. (Oh!)

ANT. Ya lo has oido!... vete!... No hagas que tu presencia me obligue á cometer un nuevo crimen!

MAT. Padre!... (*Interponiéndose.*)

PEDR. (*Desde la puerta del foro.*) El señorito Eusebio. (*Váse.*)

TERE. (Ah!)

MAT. (*A D. Antonio con accion suplicante.*) Piedad para todos... en gracia del bien que ha vuelto á renacer en mi corazon!

ANT. Hija mia! (*Abrazándola.*)

MAT. (*Con alegría, cogiendo á Teresa de la mano.*) Ven... ven, Teresa: huyamos de él! Yo te perdono, sí; te perdono!.. (*Vase con Teresa por la izquierda.*) Ah! Fernando!

ESCENA ÚLTIMA.

DON ANTONIO, *despues* EUSEBIO *por el foro; luego* CARLOS *y* FERNANDO *por la derecha; despues* MATILDE *por la izquierda; últimamente* DON SILVESTRE *por el foro.*

ANT. Piedad... Piedad para todos!... Y yo he podido dudar de ella!... Ah! no me lo perdonaré jamás!

EUSE. Don Antonio! (*Entrando con recelo.*)

ANT. (*Volviéndose rápidamente.*) Ah! (*Reponiéndose gradualmente.*) (Tan solo su presencia me inspira horror!)

EUSE. (*Con su natural hipocresía.*) Acaba de decirme mi padre, que deseaba V. hablarme de un asunto...

ANT. (*Con aparente calma.*) Sí, en efecto, siéntese V. (*Eusebio se sienta junto á la mesa, por el lado que dá á la*

pared.) Vá V. á tomar algunos apuntes para extender un informe de la mayor importancia; yo dictaré y usted escribirá. (*Eusebio se dispone á escribir; Fernando y Cárlos aparecen en la puerta; éste detiene á Fernando en sus naturales impulsos contra Eusebio, segun vá escuchando las palabras de D. Antonio.*)

ANT. (*Dictando.*) «Anoche, á una hora bastante avanzada, »robaron de esa papelera unos billetes, con el objeto »de infamar cobardemente á un jóven que aspiraba »á la mano de mi hija.

EUSE. (*Dejando de escribir.*) (Me habrá vendido Teresa?)

ANT. »El que tan vil accion supo llevar á cabo, robando »de esa mesa una cartera... para guardar en ella »esos billetes y una carta infamante, ha sido descu»bierto por una jóven, cómplice suya, á quien ese la»dron de mi honra y de mis bienes... habia enga»ñado con falsas promesas.

EUSE (Oh!) (*Aterrado.*)

ANT. Siga V. (*Con autoridad.*) Siga V.! (*Breve pausa.*) «El »nombre de esa jóven, en gracia de su confesion, de »su arrepentimiento, debe legarse al olvido. El nom»bre del miserable impostor, es el que aparece al »pié de estas lineas.»

EUSE. Don Antonio! (*Levantándose.*)

ANT. Oh!... firme V!... Firme V!

FERN. (*Adelantándose, y arrancando la pluma de manos de Eusebio.*) No!... no es con tinta con lo que ha de firmarse ese papel!

CARL. Fernando! (*Interponiéndose. Eusebio permanece aterrado al otro lado de la mesa.*)

FERN. No; no puede existir compasion alguna para el que ha intentado tan villana accion! Al inmundo reptil que así se arrastra á nuestros piés, se le aplasta la cabeza, para que no pueda envenenarnos con su ponzoñoso aliento!

CARL. No, Fernando; el castigo mas cruel que al envidioso está reservado, es la indiferencia de todos.

ANT. Oh!... salga V... salga V. de esta casa para siempre!

FERN. Sí; salgamos pronto de aquí!

MAT. Fernando! (*Apareciendo en la puerta.*)

FERN. Oh! (*Deteniéndose al oir su voz.*)

MAT. Yo imploro tu perdon para todos!... Tu perdon para mí!

FERN. Para tí, Matilde! (*Acercándose.*)

SILV. (*Desde la puerta del foro.*) Ajá! ya estamos todos aquí!

MAT. (*A Fernando.*) (Ah!... su padre! Sé generoso, Fernando!)

CARL. (Repara que ese pobre anciano moriria de pesar, si supiese la infamia de su hijo!)

FERN. Oh sí! (*Tendiendo una mano á Matilde y otra á Cárlos.*) Yo tambien necesito que vosotros me perdoneis! He dudado del amor, de la amistad!... La envidia es capaz de arrancar de nuestro corazon los sentimientos mas íntimos!

SILV. (*Acercándose á D. Antonio.*) Ya vé V. que en seguida que llegué á casa...

ANT. .(*Dando la mano á D. Silvestre, y mirando á Eusebio, que permanecerá abatido á un extremo de la escena.*) Sí, don Silvestre; debo á V. un señalado servicio, que le hace acreedor... á mis mayores atenciones!

SILV. Eso sí! Lo que es yo, siempre estoy dispuesto á complacer á todo el mundo!... «Ama á tu prógimo como á tí mismo,» dice la *dotrina*, y el que no cumple este *preceto* es un malvado!

ANT. (*Mirando á Eusebio.*) Es verdad, don Silvestre! Cuando nuestra vanidad, nuestro orgullo mismo nos hace ver nuestra pequeñez... todo cuanto nos rodea solo sirve para fomentar nuestras pasiones! Maldita la envidia, gérmen fecundo del mal, que conduce al hombre á los mas grandes crímenes! Maldita la envidia, que para romper, en su impotente ambicion, los lazos mas sagrados de la sociedad, encubre su rostro con la máscara de la hipocresía!

FIN.

3 0112 117458759